

1862, María Mendoza de Vives

HIJO POR HIJO (NARRACION DE UN SUCESO.)

I.

En un vallecito ú hondonada que forman los pequeños ramales de una montaña dependiente del Monseny se asienta Santa Coloma de Farnés, pequeña villa, cuyo pié baña un río de oscuro nombre. Riegan y fecundizan sus aguas á la planta de la poblacion un bosque de álamos blancos que se extiende hasta las raices del monte donde nacen castaños á muchos de los cuales la industria del país priva de tronco para que suelten mejor sus varas que ha de convertir en flexibles aros.

Corona la cúspide de la sierra cortada por multitud de torrenteras y cañadas, un desmoronado castillejo que recuerda la época del feudalismo; y al pié de sus muros en un replano del monte, el santuario de nuestra Señora de Farnés.

La vegetación, que en algunos sitios de la montaña se compone de pinos, alcornoques y avellanos nacidos sin órden ni concierto, desaparece en otros llenos de ásperas rocas entre las que solo nace ruin maleza y algun pequeño y miserable arbusto.

Tal era el sitio por donde en una apacible tarde de junio de mil ochocientos cuarenta y tres, bajaban dejando atrás el santuario de nuestra Señora de Farnés tres personas, con la prisa que la aspereza del camino permitía. La que delante caminaba era un apuesto jóven de poco mas de veinte y dos años, alto, moreno, bien proporcionado y de simpática y abierta fisonomía, si bien la oscurecía á veces una ligera sombra de receloso desden, base de su carácter poco comunicativo y algun tanto desconfiado. Su traje de menestral era del mejor corte, sino de la tela mas cara; lo que denotaba que si el jóven no podía ganar sabía por lo menos apreciar la elegancia que tan bien caía á su aíroso talante. Llevaba en la mano una rama ó plumero de pino, árbol predilecto de aquellos montes, con la que á manera de abanico agitaba de vez en cuando el aire, parándose para ello, y volviéndose hacía las dos personas que tras de él venían.

Eran estas dos mujeres, bella y poética la una como el amanecer de un hermoso día de primavera, sombría y adusta la otra como la tarde de invierno que anuncia una noche de tempestad.

La primera, que rayaba en los diez y siete años y que vestía como el mancebo el traje de menestrala, traje en su sexo tan sencillo como aíroso y que parece formado para poner

en relieve las gracias de la juventud, era algo rubia y de una tez de tan diáfana, blancura que oscurecía la del nevado pañuelo de tul que rodeaba su rostro. Sus ojos azules, sin ser muy grandes, tenían tan dulce expresión que involuntariamente, traían al pensamiento la que debe acompañar á la mirada de los ángeles. Su frente pensativa y su boca grave daban á su fisonomía cierto aire melancólico que unido á la palidez de sus mejillas y á lo ligeramente descolorido de sus labios, añadían á la simpatía é interés que naturalmente inspiran la juventud y hermosura, el nuevo encanto que la presta el suponerla herida por un oculto sufrimiento.

La otra que contaría de cuarenta y ocho á cincuenta años era de mediana estatura, enjuta de carnes y de esa blancura biliosa tan bonita en la juventud como el cielo en un día despejado y que el menor disgusto ú enfermedad amarillentan para siempre como se amarillenta el lienzo largo tiempo escondido.

Aunque de correctas facciones la expresión de su rostro era severa y á veces hasta dura, contribuyendo á ello el pequeño grupo de precoces arrugas formado entre sus finas cejas, á causa de la costumbre de recoger los párpados al fijar los ojos en cualquier objeto.

Excepto los labios bastante delgados, signo generalmente de codicia y astucia, ningun rasgo característico aparecía en su semblante, pues los ojos, donde con harta frecuencia se trasparenta el alma, parecían tener un exquisito esmero en ocultar sus miradas. Vestía esta mujer un traje de lana negro, y su ancha mantilla de merino del mismo color la hubiera denotado como viuda reciente, si la negra correa que pendía de su cintura no demostrára que aquel riguroso luto no era sino el cumplimiento de un voto.

- ¡Por qué te detienes! Dijo de repente al jóven que se había parado ante ella y que agitaba al aire su ramo de pino como un plumero de esmeralda.

- Porque el bajar tan de prisa os daña, respondió él; añadiendo en seguida- ... y como nadie nos corre lo mismo de llegar media hora antes que despues.

- Nó, Salvador, nó, ya sabes que hay gente mala y que no es seguro nos coja la noche en estos sitios.

- Pero no veis á la pobre Coloma apenas puede respirar.

- Anda, anda, que te asustas de poco, á los diez y siete años se resiste mucho; vamos, apresúrate, que quiero llegar de día á la capilla del glorioso San Salvador.

- Y por qué ese largo rodeo!

- He quedado con Eulalia en que bajaría por allí, donde ella nos aguarda; cuatro pasos mas no han de aumentar nuestro cansancio.

El jóven no replicó, lanzó una furtiva mirada á Coloma que procuraba ocultar su fatiga y siguió descendiendo.

El silencio era profundo y nuestros tres personajes caminaban en medio de él y á toda prisa, cuando la linda jóven que desde el momento que oyó hablar de gente sospechosa no dejaba de volver á uno y otro lado miradas acercóse á la anciana asiéndola del brazo indicóle con su blanco dedo que observase por entre las ramas de un corpulento árbol.

Cerró casi los ojos la enlutada matrona y fijó á lo léjos su escudriñadora mirada. Despues volviéndose á la jóven le murmuró al oido:

- Es una magnífica mula enjaezada ricamente.

- ¡Ay! Madre mía de Farnés, exclamó en el mismo tono la jóven, si será de álguien sospechoso.

- Calla, que no se entere Badó, repuso la anciana y apretó el paso.

Poco habrían avanzado cuando al doblar la cuesta de San Pedro para entrar en el sitio que llaman el Rocá descubrieron de pronto un desconocido. Estaba este sentado en una peña teniendo en la mano una cartera abierta en la que escribía con lápiz; su sombrero de anchas alas estaba en aquel momento echado hácia atrás y tenía á los piés un saquito de tela oscura y basta.

Al sentir pasos derribó con el codo los pliegues de su capa que estaba recogida sobre las rodillas, cerró la cartera y echóse adelante el sombrero. Todo esto fué tan rápido que Salvador que bajaba distraido con sus pensamientos y Coloma con su miedo nada notaron, hasta tocar casi con el extranjero; pero la señora Tuyas, tal era el nombre de la anciana, que venía prevenida por el descubrimiento antes que el ruido de los pasos le avisase de su presencia.

- Buenas tardes, dijo Salvador al pasar ante el desconocido que no se movió contentándose con tocar ligeramente su sombrero. El jóven al dejarle atrás volviése y aguardó á las dos mujeres que pasaron á su vez, la anciana con los ojos casi cerrados y los pliegues de su frente profundamente contraidos, la jóven trémula y presurosa como la gacela que presiente la proximidad del chacal.

Dejólas pasar el mancebo y elevando la frente tendió sus miradas por todos lados, como si esperase ver asomar nuevos personajes, mas las sombras del crepúsculo eran solamente las que comenzaban á flanquear las crestas de la montaña. Entonces apretó el paso y nivelóse con las dos mujeres.

Después de un largo rodeo durante el cual ninguno de los tres profirió palabra llegaron á la capilla de San Salvador.

Al entrar en ella la señora Gestrudis á quien llamaremos como en el pueblo la señora Tuyas, ó la maestra; sintióse vivamente contrariada. Rechazó, diciendo que ayunaba, los anises que para beber le ofreció la mujer que cuidaba de la capilla y la fuente que en ella había, y exclamó al verla sola:

- Ya pensé que llegaríamos tarde y que Eulalia se cansaría de esperar.

Una sonrisa de satisfacción dibujóse en los labios del jóven, y al ver á su madre que llena de enojo apretaba el paso acercóse y le ofreció la mano para atravesar la larga fila de desiguales piedras que constituía en aquel sitio el puente del río.

Rechazóle la maestra y pasó delante. Salvador entonces se acercó á la jóven que aceptó su apoyo con mal reprimido contento.

Apenas tocaron ambos jóvenes la opuesta márgen, la señora Tuyas que se había vuelto hacía ellos y que los observaba con mirada de ira, sacó de su faltriquera una enorme llave y dándosela á Coloma le mandó que se adelantase y abriera la casa.

Obedeció la jóven, y arrastrando tras de sí la rama que había tomado de manos de Salvador para aventar los mosquitos que la frescura del agua y la arboleda hacían allí llenar la atmósfera, dirigióse hácia la villa.

Apenas quedaron solos la maestra y su hijo, murmuró la primera con bastante mal humor.

- Como que te alegras de que no hayamos encontrado á Eulalia!

- ¡Yo! repuso el jóven, me ha sido del todo indiferente.

- Y tanto como lo estás siempre con ella, sin comprender que ese casamiento sería tu fortuna.

- Pero madre, si es imposible.

- ¿Por qué?

- Por un sin fin de inconvenientes. Tiene cuatro años mas que yo y un hijo á quien adora, y ya sabeis que deseo ser solo: si alguna vez me caso quiero que mi mujer no ame sino á mí y cuando haya de partir su cariño que sea con los hijos de ambos.

- Vaya una excusa necia; despreciar por eso un patrimonio como el que te brinda esa boda.

- Poco á poco, madre; el patrimonio es de su hijo.

- A quien ella heredará; ignoras que por no ser del país lo dispuso de ese modo su difunto marido: el niño puede morir mañana, que nadie tiene asegurada la vida, y mucho

menos un chiquillo tan travieso que se hubiera ahogado, á no ser por ti que le sacastes, en la acequia del molino. Créeme, Badó, cástate con la madre que es jóven, guapa y te quiere, y serás el amo de cuanto posea.

- Madre, esta conversacion me disgusta; si no tuviera hijo acaso lo pensaría; pero ahora, Dios me libre.

- ¿Y piensas que no conozco el motivo de tu oposicion! Coloma te ha levantado de cascos, y con ella no ha de ser.

- Dios es testigo que ni una palabra contraria á vuestros deseos he dirigido á esa inocente, aunque á decir verdad no me opondría á complaceros si la hubieseis elegido en vez de Eulalia.

- ¡Yo! á Coloma! pues ya hacía buen negocio.

- ¿Por qué?

- Porque es pobre como una rata.

- Como si nosotros fuésemos ricos.

- No quiero nuera sin dote.

- Tampoco le tuvisteis vos y no os hizo falta para hacer muy feliz á mi padre.

- Los tiempos eran otros, y yo no necesité dispensa: pues no faltaba otra cosa, despues de haberla criado como á una hija que pretenda la tonta...

- Madre, si soy yo el que pretendo; además si la habeis educado y la teneis cual hija, en cambio dá mas que recibe.

- Mucho; parece que ignoras el refran: “¿Quién te hizo rico? quien te mantuvo el pico. Nosotros somos pobres, muy pobres, la tienda no dá nada.

- Dejádmela mejorar y vereis si adelantamos, dejadme gastar algo para ello.

- Cástate con Eulalia y serás rico y podrás disponer; yo no estoy para derroches.

- Pero madre!

- Basta, he dicho que nó y mil veces nó.

- Por Dios, madre, que viene gente, disimulemos, dijo el jóven; y guardando silencio siguió al lado de la maestra que continuó murmurando entre dientes de la tenacidad de su hijo, de la pobreza de Coloma, y de que ya buscaría medio de quitarla de casa para acabar cuestiones.

Dicen que generalmente un buen carácter no solo hace la felicidad del que lo posee sino de aquellos que le rodean. Es como el rayo de sol y el hilo de agua que llevan por donde quiera la animación y la alegría.

En cambio un mal genio, cuando dá en el jefe de una familia, es sin remisión alguna el azote de toda ella. ¡Dichosos aquellos que se han visto libres de tan horrenda plaga! ¡Guay de los que como Salvador y Coloma tienen por deber y cariño que sufrirla en silencio! Como se ve por lo que llevamos relatado, la señora Tuyas no pecaba de amable. Hija de un pobre maestro de escuela que hubo en la villa, y cuyo método de enseñanza era el antiguo régimen de “la letra con sangre entra”, se había criado con un rigor que exasperó su carácter terco, y acreció, para castigo después de sus inferiores, la natural dureza de su índole.

Sin madre desde la infancia, y con una madrastra que sobre no ser mucho más humana que el maestro aborrecía á la entenada, Tuyetas pasó una juventud llena de cólera que descargaba en las chicas de la escuela, y de lágrimas que el orgullo le hacía derramar á solas.

Así fué que á la primera ocasión cambió de hogar casándose, aunque sin amor, con un honrado carpintero.

Ocho años después de su matrimonio, del cual tenía un hijo de siete, murieron sucesivamente la madrastra y su marido, dejando sin amparo alguno á una tierna niña de dos años.

La maestra, sobrenombre que le había quedado por hacerla un tiempo su padre repasar las lecciones de las muchachas, quiso desentenderse de la pobre huerfanita, pero el carpintero se opuso, diciendo que ya que Dios no les había dado sino un hijo, no solo la caridad, sino el deber les mandaba recoger aquella criatura; y que además el pueblo les execraría si teniendo ellos un pedazo de pan la dejaban llevar al hospicio. La maestra que, pretendiendo pasar por buena y caritativa, se horripilaba con las murmuraciones, cedió por esta última razón y recogió á Coloma con la idea de hacerla con el tiempo su criada.

La niña creció como su hermana había crecido, llorando con harta frecuencia tristísimas lágrimas. Pero como su índole era buena y su carácter dulce y suave, en vez de agriarse aumentó solamente su natural melancolía y su excesiva compasión. Al ver maltratar á una criatura recordaba el dolor que ella sufría cuando la golpeaban y sin poder contenerse lloraba por aquel inocente á quien no le era dado proteger. Salvador su compañero de infancia y único confidente de sus penas, procuraba compensarla con su

cariño y evitarla algunos sufrimientos implorando para ello la intercesion de su padre. Pero este, completamente dominado por su mujer y tan temeroso de ella como los niños, limitábase á ocultar sus faltas y á consolarlos con la esperanza de que pronto serían grandes, y las cosas cambiarían de aspecto.

Mas ¡ay! desgraciadamente para entrambos y el amor que comenzaba á enseñorearse de sus corazones, el carpintero murió cuando la pobre niña apenas contaba once años. Esta desgracia cambió en apariencia el carácter y método de vida de la señora Tuyas; encargó á Coloma el cuidado de la casa, mas reservándose ella el derecho de impugnarlo todo. Salvador que había seguido el oficio de su padre púsose al frente de la tienda, y como era laborioso é inteligente en su oficio, cortés con los parroquianos, y respetuoso y tierno para su madre, captóse pronto la general simpatía.

La maestra estaba orgullosa de su hijo; cuando volvía de la iglesia ó de visitar á las vecinas, ocupaciones que absorbían todo su tiempo, traslucíase en su rostro la satisfaccion de no haber oido sino elogios del jóven. No había madre que no tuviese alguna queja de los suyos; Salvador á los ojos de todos era perfecto, y la maestra á fuerza de oirlo y de verle siempre sometido á su antojo y privándose por no gastar, pues esto la disgustaba, hasta de lo mas preciso, lisonjeábase de dominar las pasiones del hombre como había subyugado la voluntad del niño.

Así fue que sin consultar con él, proyectó su casamiento; casamiento que Salvador repugnó desde el primer instante. Empero ella obstinóse en llevarle á cabo, y conociendo que Coloma, era un obstáculo para su objeto, aborrecíala, y si no la maltrataba como antes, echábale siempre en cara su pobreza y el que por su causa Salvador la llenaba de disgustos. A este quitábale todas las ocasiones de hablarla; habíale negado el dinero preciso para mejorar la tienda, y solo le dejaba del producto de su trabajo que por lo comun cobraba ella, ó el jóven le entregaba religiosamente, una exigua cantidad para sus gastos indispensables.

Su respuesta á todo era: No tengo, y si Salvador no se casa con Eulalia nuestro porvenir es la miseria.

Salvador y Coloma sentían á estas palabras oprimírseles el corazon, pues comprendían la intencion de ellas. Nacidos de uno para el otro, ambos de nobles sentimientos y de virtudes sencillas y modestas, sufrían el rigor de su suerte, mas sin acriminar ni aun de pensamiento á aquella que tan dura se la hacía.

Tal era la situacion de nuestros personajes en el comienzo de esta historia.

Salvador y su madre caminaban en silencio cambiando de mal humor un conciso saludo con las personas que encontraban, pues por aproximarse al pueblo y á la calle en que vivían tropezaban á cada paso con conocidos, cuando Coloma trémula como la hoja en el árbol y pintado el terror en su fina y hermosa faz llegó hasta ellos, volviendo atrás la cabeza como el que teme una ruda persecucion.

- ¡Qué sucede! preguntó ásperamente la hermana mayor.

- Que...hay en la puerta de casa una culebra y no puedo...pasar...repuso la jóven á tiempo que unos cuantos muchachos aparecieron en tropel por la primera boca calle.

-¡Que es eso? preguntó Badó deteniendo por el brazo al mas cercano.

El muchacho con el rostro encendido por la agitacion, y la mirada inquieta por el temor de que le alcanzasen los otros de quien huía, repuso:

- Una culebra que han muerto al bajar del pico del Cuervo y que vienen á echarme encima los hijos del alcalde; pero no han de lograrlo, antes yo...y escapándose del brazo que retenía reunióse con sus compañeros.

La señora Tuyas apartó á Coloma que se estrechaba con ella, y gesticulando un desprecio arrebatóle la llave que tenía en la mano y se dirigió á su casa.

Estaba esta en la encrucijada que forman varias calles en la entrada misma del pueblo por la parte de la riera, y frente de la capilla de San Salvador: sitio sucio y resbaladizo por la humedad de una acequia que por allí pasa, y de piso en extremo pedregoso y desigual.

Las mujeres habían salido á las puertas de sus casas, al alboroto de los chicos que hormigueaban en ruidosa confusion al rededor de una gran culebra. Era esta de unos ocho palmos de longitud, tenía la cabeza aplastada y cuasi deshecha, y los abigarrados colores de su jaspeada piel, deslucidos con el lodo y la sangre que la manchaba.

Habíanla hallado dos zagalones, cuasi muerta, á la bajada del otro lado del cerro, y orgullosos por haberle dado el golpe de gracia, arrastráronla en triunfo con una cuerda al cuello hasta las calles de la poblacion.

Allí como el rio que sin cesar acrece con las avenidas de distintos arroyos, aumentóse la comitiva, no quedando chico que no corriese en tropel tras el repugnante trofeo.

- A la riera con ella, gritaban unos, á la riera, repetían otros.

- Ya es tarde para ir léjos, replicaban algunos, á la riera no.

- A enterrarla en el huerto de mi casa, que yo la maté, gritó con voz chillona y atiplada uno que dominó el tumulto y de un salto subióse al mismo tiempo en los hombros del que tenía la cuerda. Este se bajó de pronto y le hizo caer de cara contra la tierra. El

caído levantóse frotándose las manos y limpiándose el rostro lleno de lodo, entre los silbos y aplausos de sus compañeros.

- Al huerto de mi casa, tornó á decir con voz mas pujante.

- Cuenta con ello, repuso un hombre, que por el rastro que deja la culebra muerta puede venir una viva.

- A la riera, á la riera, volvióse á repetir.

En este tumulto nadie se apercibió del galope de un caballo.

La señora Tuyas, doblemente curiosa como mujer y beata que era, codeando á diestro y siniestro había logrado subirse en el segundo escalon de una puerda, dominando de este modo las distintas fases y grupos de aquella escena.

El grito de “un caballo, apartaos, apartaos” resonó de pronto para aumentar la confusion. Huyó la gente en distintas direcciones y desbandáronse los chicos atropellándose unos á otros, al mismo tiempo que un niño de unos nueve años que hacía largo rato pugnaba por apoderarse de la serpiente asíóla por la cola y tiró de ella con fuerza dando al aire un grito de alegría.

Escapóse la culebra de la mano que la sujetaba, y azotando los ojos de una poderosa mula que entraba en aquel momento, cayó sobre el cuello del muchacho que, asustado de vérsela encima, corrió aturdido un instante como raton que persiguen y no encuentra su manida. La maestra al verle llegar á su lado con el asqueroso reptil, extendió primero el brazo como para rechazarle, mas instantáneamente inclinóse hácia él y le habló una palabra, saliendo entonces el niño disparado enredándose á los pocos pasos con la cuerda que arrastraba y cayendo envuelto con la serpiente.

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago, y mientras la mula soliviantada con el golpe y asustada con la culebra, botaba de costado, alzábbase de manos, y haciendo impotentes los esfuerzos que para dominarla practicaba el ginete, resbalaba al querer despedirle cayendo con él sobre la aturdida criatura.

- Que le mata, que le mata, gritó la señora Tuyas que, como la mas próxima, vió la mula que, forcejando por levantarse sacudía las piernas sobre el cuerpo del niño.

La gente que había huido en el primer momento volvió de nuevo y un alarido general llenó el aire.

Salvador fué el primero que arrojándose al peligro sacó de entre los piés del bruto, al inocente niño cadavérico y ensangrentado.

El ginete parecía muerto, tal era el desvanecimiento que le causaba un golpe en la cabeza.

La maestra, que había sido de las mas solícitas en prestar socorros, cogió el sombrero y otra prenda del forastero que se soltó del pecho con la violenta sacudida, y corrió á su casa para traer agua y cuanto fuese necesario.

Coloma que huyendo del tumulto se había, desde un principio, refugiado en una casa; no alcanzó ninguno de estos tristes detalles; en cambio Salvador que no estaba léjos no había perdido ninguno.

La justicia presentóse al punto en el lugar de la catástrofe. Esta era mayor de lo que se creía.

El niño quebrantado por los piés de la mula tenía partido el cráneo; y el ginete, que no era otro que el hombre de la sierra, seguía desvanecido.

El primero fué trasladado á su casa; el segundo, como la poblacion carecía de hospital, mandó la justicia que mientras se disponía lo necesario para conducirlo al de Gerona, le llevasen á una pequeña capilla llamada de San Sebastian situada en la calle de este nombre al otro extremo del pueblo, y que se dejase en la habitacion y al cuidado del ermitaño.

Ya habían ido en busca de una camilla, cuando la maestra ofreció su casa para el enfermo, rogando que la permitiesen ejercer esta obra de misericordia.

La justicia accedió, y la poblacion entera, que tenía en mucho la virtud de la maestra, no pudo menos de admirar este rasgo. Solo Badó que conocía á su madre lo extrañó teniéndolo como de mal agüero.

III

El forastero, además de una herida en la cabeza, que aun cuando daba mucha sangre era de poca consideracion, se había fracturado un brazo.

Al recobrar el sentido su primer pensamiento fué para su cabalgadura, preguntando lo que se había hecho de ella.

Tranquilizóle Salvador diciéndose que estaba en la caballeriza de la casa, trayéndose como prueba unas fuertes y bien cerradas alforjas que la mula llevaba á la grupa, y que mandó el viajero colocar junto á la cama que le estaban preparando. A pesar de habersele respondido satisfactoriamente, el hombre no se tranquilizó; sin duda echaba de menos alguna otra prenda por la que no se atrevía á preguntar. Mas la señora Tuyas debió conocerlo, porque exclamó de pronto:

- ¡Válgame, Dios, y qué memoria la mía! aun tengo en el bolsillo esto que recogí con vuestro sombrero.

Y presentó al desconocido una cartera de tafílete oscuro.

El hombre antes de tomarla fijó atentamente los ojos en la viuda, quien sostuvo aquella mirada con imperturbable tranquilidad. Tendió entonces la mano que tenía expedita y asió la cartera preguntando:

- ¡Habeis notado si se ha caido algun papel!

- No lo creo; cerrada la alcé del suelo y desde entonces no ha salido de mi bolsillo.

El hombre respiró mas libremente y guardó el objeto de su afán, sin presumir que la caritativa señora le engañase.

Todo esto pasó mientras el cirujano preparaba lo preciso para la cura, que aun cuando dolorosa la sufrió el extranjero sin pestañear. La maestra que de todo entendía ayudáble en ella; Coloma, blanca como la azucena y padeciendo moralmente todos los dolores que debía sufrir el extranjero, acercábase á la nariz con trémula mano la jícara con vinagre que había traído por si él se desmayaba, y Salvador, sombrío como nunca, sostenía la luz y examinaba en tanto la figura de su huésped.

Los rasgos de aquella fisonomía dura y de facciones severas y acentuadas causábanle una extraña impresión. Había en su frente grande como la requiere el genio y la han menester las violentas pasiones, cierta majestad sombría y aterradora, á manera de la que debe aparecer en la frente de Satan; destello mal apagado de su alto origen, aunque oscurecido por las sombras de la culpa.

La aventajada estatura y recios miembros del extranjero que parecía estar en toda la plenitud de su virilidad, denotaban una vigorosa constitucion, al par que su mano ancha y morena, pero de finísima piel y uñas acanaladas, una vida exenta de toscas faenas y duros trabajos.

Algunas piezas de su traje sencillo aunque decente, sin salir de la esfera del de los menestrales, tenían muy pronunciada tendencia hacia el del caballero; tales eran su finísimo sombrero de castor guarnecido de una cinta negra, y su larga y oscura chaqueta que pretendía los honores de levita.

En uno de los momentos mas dolorosos de la operacion, el forastero despejó con su mano derecha los cabellos que el sudor de la angustia pegaba á sus sienes, brillando entonces entre ellos anchas rafagas blancas que acusaron su aparente lozanía de una prematura vejez.

¡Quién era pues este hombre extraño en cuyo ser aparecían tan pronunciados contrastes; pues si su bizarra apostura y noble contiente le denunciaban como de hidalga cuña, su ademán brusco y un no sé qué de bajo y repulsivo que se vislumbraba á través de su imponente belleza, lanzaban como absurda semejante idea del pensamiento!

La señora Tuyas que veía el alma de su hijo como á través de un cristal, sonreía interiormente de sus cavilaciones diciendo para sí:

- Anda, anda, que por mucho que discurras no darás en el ítem.

Concluida la cura llamó la maestra á Coloma diciéndole que iba á salir, y recomendóle muy encarecidamente el cuidado del enfermo, que en aquel instante parecía reposar. Dada esta orden, llamó á Badó y le mandó que la acompañase.

El jóven encendió un pequeño farolillo, pues las calles de Santa Coloma de Farnés, en la época de que hablamos, no tenían otro alumbrado que el del cielo, y se dirigió á la puerta donde esperó á su madre. Al verla salir sola no pudo contenerse diciendo con extrañeza:

- ¡Cómo, dejais á Coloma sola con ese desconocido!

La madre no respondió, llamó á la puerta contigua y dijo:

- Señora Mónica, si vos ó alguna de vuestras niñas puede acompañar á Coloma hasta mi vuelta, se lo agradeceré en el alma.

- Con mucho gusto, señora Tuyas, yo misma iré y con eso hablaremos del suceso de esta tarde, respondió la vecina, y saliendo de su casa entró en la del carpintero.

Salvador y su madre atravesaron la mayor parte de la población; al pasar por delante de la iglesia la viuda se detuvo ante la cerrada puerta del templo, santiguóse y rezó por el alivio de los heridos de aquella tarde. Amen, repitió el jóven poniéndose en marcha. A poco llegaron á una casa á cuya puerta se veían hablando varias personas que salían de ella.

- ¡Cómo sigue! preguntó la maestra reuniéndose al corro.

- Agonizando, respondió una mujer; Eulalia está como loca.

- ¡Qué dolor! una criatura hermosa como un ángel, repuso otra.

- Pero indómita como un potro cerril, no tenía mas voluntad que la suya y hé ahí la consecuencia, añadió un hombre.

- Decid mejor, repuso la maestra, el modo de educarle; se criaba del niño sin sujeción ni freno, y hé aquí el resultado.

- No todos pueden gloriarse como vos de haber sacado un mozo tan cumplido, dijo el hombre poniendo la mano sobre el hombro de Salvador que en aquel momento apagaba su luz.

- Mis desvelos me cuesta, que la crianza entra por mucho; á veces le hice llorar, pero en cambio no me ha dado un disgusto ni espero que me lo dé.

Esto lo dijo la maestra con marcada intencion.

-¡Cuán feliz sois! y cómo va á sufrir esa pobre madre si se compara con vos!

-¿Por qué le dejó echar por donde quiso como las aguas de la sierra? añadió una beata, ¿acaso no sabía que quien ama el peligro en él perece?

- Compadezcamos su infortunio, pues nada sucede sin permision de Dios, dijo la maestra con un suspiro al que respondieron con otros como ecos que se repiten, las personas del corro, separándose luego y tomando cada uno distinta direcci6n.

En algunos pueblos, ya sea por envejecidas costumbres, ya por estar mas arraigadas las creencias religiosas, se revisten ciertos actos de una imponente severidad que no tienen á veces en las grandes ciudades. En estas la habitacion de un moribundo en nada se distingue de la de un enfermo cualquiera, á no ser en la tristeza de los semblantes y en la presencia del sacerdote que asiste al que de la vida se despide.

Pero en algunos pueblos el corazon se constriñe, y tristes y severos pensamientos ocupan el alma, apenas se pisa la habitacion de un enfermo de gravedad. Aquel improvisado altar que se levanta frente la cama del paciente; aquella imágen de la buena muerte que se mira sobre el ara entre velas amarillas, que aumentan con sus opacas luces la palidez de los rostros y la tristeza de los espíritus; aquel lúgubre susurro producido por las voces de algunos que rezan á corro afinojados ante el altar; las palabras imponentes al par que consoladoras del sacerdote que auxilia al que agoniza; los ayes y la respiracion estertórea de este, acompañada de los agonisos sufrimientos y terribles sacudidas que preceden á la desunion del espíritu y la materia, y por último las lágrimas y sollozos de toda una familia, acongojan al mas indiferente, pareciendo que la angustia del agonizante y el dolor de los que lloran se infiltran en su ser como los gases de la atmósfera que se respira.

Empero por ser un niño el que espiraba nada de esto sucedía en la habitacion en que vamos á entrar.

Un gran velon de metal dorado, colocado sobre una alta cómoda, iluminaba una ancha sala con la viva y humeante luz de sus dos mecheros; unas cuantas mujeres hablaban en distintos círculos y de diferentes objetos produciendo un susurro sordo como el de un

ancho colmenar, entre el que sobresalía de vez en cuando el agudo ceceo de risas sofocadas. En medio de la habitación sobre un bonito catre yacía sin movimiento alguno el desventurado niño. Su tez blanca y suave como los vellones del más fino algodón, parecía aun más por cubrir parte de su frente una venda negra por debajo de la cual se escapaban en el más bello desorden, hacía ambos lados de las sienes, sedosos rizos de un rubio pálido. Una criada mufletuda y de semblante estúpido hacía respirar un pomo de sales; los hombres ocupaban la pieza anterior a la del moribundo, y con la excusa de saber cómo seguía agrupábanse a la puerta donde cuchicheaban con algunas jóvenes. Tal era el aspecto de la habitación donde acababa su corta vida un hermoso niño, dueño de algunos bienes y único amor de su desconsolada madre.

Al entrar la maestra las mujeres se levantaron y la criada cedió su puesto. La señora Tuyas echóse atrás su negra mantilla y tocó con el dorso de la mano la nariz y las orejas del moribundo, pulsóle un instante, y haciendo un extraño gesto al par que entornaba los ojos preguntó por la madre.

- La han retirado de aquí con un accidente, repusieron varias voces. Al mismo tiempo desprendiéndose de los que pugnaban por detenerla entró en la habitación una mujer joven y hermosa, aun cuando la desesperación iba retratada en su pálido semblante.

- ¡Eulalia por Dios! gritó la maestra corriendo a su lado.

- Dejádme, respondió ella con desgarrador acento, es mi hijo que agoniza y quiero estar a su lado, dejádmele mientras tenga vida, que hartos pronto me le quitarán; y corriendo hacía el lecho cubrió al niño de besos y lágrimas.

La criatura que unas horas antes era toda animación y belleza y que ahora como una azucena tronchada yacía en aquel lecho próximo a espirar, no hizo movimiento alguno.

- Está muerto, muerto el hijo de mis entrañas. clamó la madre golpeándose la frente con desesperación.

La señora Tuyas cogióle las manos y sujetándola con otras mujeres apresuróse a decir:

- Tu hijo no está muerto; pero aun cuando lo estuviese, ¿para qué es la santa resignación!

Los circunstantes todos, que al presentarse la madre, como al golpe de una varita mágica habían enmudecido, alagrado sus rostros, bajado los ojos y tomado de repente todas las apariencias de un confiado y silencioso pesar, la rodearon uniéndose un sin fin de estériles reflexiones a las palabras de la maestra.

La madre derramando un torrente de lágrimas volvió a levantarse y a responder asiendo una mano de su hijo:

- Yo tendría resignación si Dios le hubiera enviado una enfermedad, en la que se hubiese probado todo, y en que me hubiera convencido que era su divina voluntad llevarse al hijo de mis entrañas como me quitó á su padre. Pero muerto cuando mas lleno de salud me lo veía, muerto por los piés de un caballo, á la vista de todo el mundo, sin que haya habido una mano que le apartase del mal, pues el generoso esfuerzo de Salvador llegó tarde; ¡ay! es un golpe terrible, una desgracia que me costará la vida.

Salvador, que con otros hombres se encontraba en la pieza exterior, entró entonces con ellos acercándose al lecho y añadiendo sus reflexiones á las de las mujeres.

La madre siguió llorando y diciendo con desesperación:

- Hijo de mi alma, muerto entre un caballo y una serpiente! sin tener una mano...

- Eulalia, Eulalia, interrumpióla con alto y severo tono la maestra, la voluntad de Dios era la de llevarse á tu hijo por ese medio, pues yo misma, si bien en el primer momento le rechacé por repugnancia del reptil, al punto así al niño del brazo, diciéndole: aquí, quieto aquí; pero él, como si la maldita culebra le aconsejase al oído, zafóse de mí y corrió á la muerte.

A estas palabras pronunciadas con energía y cabe el mismo lecho, Salvador que estaba frente á su madre la miró con expresión como de alegría y arrepentimiento; al par que el niño, cual si lo que acababan de decir hubiera resonado en el fondo de su alma, abrió desmesuradamente los ojos, incorporóse de pronto, y mirando á la maestra con extraña expresión, llevóse ambas manos al pecho, como si quisiera arrancar de él una respuesta que el estertor de la agonía no le dejaba proferir.

En este momento solemne los labios de la señora Tuyas se pusieron lívidos, una sombría tristeza oscureció el rostro de Salvador y Eulalia juzgando e la postrer sacudida de aquella juvenil naturaleza, no el vivaz reflejo de la luz que se extingue, sino una favorable reacción, una esperanza de vida, lanzóse á él gritando:

- Hijo, hijo, habla!

Mas el niño sin dejar de mirar á la maestra que á su vez no apartaba de él los ojos, lanzó un grito, extendió los brazos y desplomóse de espaldas para no volverse á levantar.

Acostumbra á decirse que el agradecimiento abre la puerta al amor; quizás por eso forastero á quien con tan inocente solicitud asistiera Coloma, había caído en la tentación de enamorarse de ella.

La tierna y hermosa niña que sin darse cuenta de lo que pasaba en su alma, quería con toda ella á Salvador, al oír la declaración del extranjero, tuvo miedo no solo de su cariño, sino hasta de su ardiente mirada, que parecía seguirla por do quiera como suele acontecer con la de un buen retrato. Cuando restablecido se dispuso á partir, al despedirse de su huéspeda repitió lo que había dicho desde un principio: que se llamaba Andrés Martínez de Peralta; que tenía su residencia en Barcelona, aun cuando pasaba temporadas en Gerona y otras partes por asuntos de su comercio; que era natural de uno de los pueblos de los valles de Hecho y Ansó; y que traficando en lanas había hecho una fortuna que ponía á disposición de Coloma si esta se dignaba aceptarle por marido.

La señora Tuyas cerró los ojos al oírle, temerosa de que apareciese en ellos su contento, y repuso que si era cual decía, no solo Coloma sino la familia entera se daba por muy honrada con semejante petición.

Peralta reiteró sus protestas, y escribiendo algunos nombres en una hoja que arrancó de la cartera que ya conocía la maestra entregósele diciendo:

- Aquí teneis los nombres de algunos comerciantes de paños en Barcelona que me conocen, informaros de ellos con respecto á mis circunstancias. Y ofreciendo volver pronto montó á caballo y partió.

Salvador y Coloma que se amaban en silencio, pues aun cuando vivían en la misma casa, rara vez se veían á solas, tal era la exquisita vigilancia que sobre ellos se ejercía, tuvieron con su marcha una alegría inmensa.

La señora Tuyas, que no recibiera á Peralta sin torcida intención, quedó dando vueltas entre sus dedos á la hoja de papel y haciendo castillos en el aire.

Su plan marchaba á las mil maravillas. Al recoger cuando la imprevista caída, la cartera del forastero, había leído en ella una carta por la que se deducía que Andrés Martínez de Peralta era rico, y soltero sin duda, pues en un párrafo le decían: “dichoso tú que eres solo y por consiguiente libre para disfrutar tu oro con quien mejor te cuadre”.

Esto le surtió un maquiavélico pensamiento, diciendo para sí: Coloma es extraordinariamente bonita, el forastero joven, y nada mas fácil que se enamore de su simpática enfermera. La timidez de Coloma me garantiza de su obediencia; quitada de la casa por medio de un brillante casamiento, fácil será entonces que por despique ú olvido acepte Salvador el que hasta ahora ha repugnado.

Hechas en menos de un segundo todas estas reflexiones, salió solicitando para admirarlos á todos con su obra de misericordia.

Compréndanse pues su alegría con la petición de Peralta, sin embargo mantúvose ignorada no solo de los extraños sino hasta de Salvador, que solo llegó á sospecharla al verle menudear sus visitas y á Coloma recibirlas con tristísima y dolorosa resignación.

Irritado por la reserva de su madre, negóse á acompañarla mas á casa de Eulalia, comenzando á mostrar á esta la mas marcada frialdad.

Vengóse la señora Tuyas reduciendo á la menor expresión la cantidad que para sus gastos particulares le daba semanalmente, y ofendido por ello el jóven, rechazóla toda con orgullosa altivez. Tuvieron madre é hijo un violento altercado, de cuyas resultas él, ciego de cólera, salió de la casa diciendo que no le volvería á ver.

Esto sucedía en ocasión en que Peralta se encontraba en la villa, pues su presencia, como la de las gaviotas para los marinos, era siempre para aquella familia mensajera segura de tempestades.

Pasáronse veinte y cuatro horas sin que Salvador pareciera, y la madre que despreció al pronto su amenaza comenzaba á sentir una angustiosa inquietud cuando entró el forastero.

Al ver desierto el taller no pudo prescindir de preguntar por el jóven, y la señora Tuyas de iniciarle en parte del secreto.

Escuchóla Peralta sin desplegar los labios, y cuando hubo concluido:

- Tranquilizaos, le dijo, acabo de dejarle entre unos cuantos jóvenes de cabezas ligeras.

- ¡En dónde! decidme en dónde, é iré yo misma.

- ¡Y os rebajaríais hasta ese extremo, amen del escándalo que eso daría?

- Es verdad, repuso la maestra y se quedó pensativa.

- Yo iré, si quereis, en vuestro nombre; pero cuenta, si consigo traerle, cómo le recibís!

- Id, id, y que Dios os lo premie.

Salió Peralta, y la señora Tuyas, mas tranquila ya, comenzó á ponderar á la triste Coloma las buenas cualidades del que le destinaba para esposo: la jóven no dió otra respuesta que lágrimas; además de la desgracia que era para ella aquel enlace, comprendía por instinto el odio que su sola idea inspiraba á Salvador contra el forastero, y sentía un intenso pesar de que se pusiesen en contacto. Pero ¡cuál no sería su sorpresa, cuando pasada una hora aparecieron los dos! Salvador viendo sus lágrimas comprendió que su ausencia se las había arrancado, y alegróse del disgusto por aquella silenciosa prueba de cariño. ¡Tan egoísta por lo general es el amor de los hombres!

¡ Pobres jóvenes! en vano se levantaba una muralla entre ellos; ni una palabra habían en muchos meses pronunciado sus labios de aquel recíproco cariño que guardaban en el fondo de sus corazones, y sin embargo, él comprendía que cual el suyo se aumentaba el de Coloma con la ruda oposición de su madre, por mas reservada é indiferente que apareciese á todo; comprendía el disgusto por aquella proyectada union y el silencio que las amenazas de su madre obligaban á guardar á la tímida joven; y ella á su vez leía en los ojos de Salvador, tan habladores como silenciosa su boca, que por su amor arrostraba la cólera de la maestra oponiéndose abiertamente á sus deseos.

Una sola mirada les bastaba para comprenderse, como basta á dos árboles distantes una ráfaga de viento para llevarles el gérmen de sus flores.

Ni una reconvencion ni una queja se pronunció á la llegada del joven, que venía extraordinariamente pálido, y que entró en la tienda y comenzó á trabajar.

Desde ese día Salvador fué otro hombre: si bien no hacía la corte á Eulalia no la huía como otras veces; las visitas del forastero no le eran enojosas, y aun hubo quien dijo una vez haberlos visto juntos por las espesas encrucijadas del bosque.

La señora Tuyas estaba contenta y dejó de vigilar á Coloma tan rigurosamente como antes: solo esta, que lo veía todo por el prisma de su amor, extrañaba las frecuentes ausencias del joven por mas que las legitimase siempre alguna poderosa razon. Lastimaba además la innata delicadeza de sus sentimientos, la indiferencia con que desde aquel día fatal miraba las visitas de Peralta y sobre todo que no recibiendo de su madre sino escasísimas sumas tuviese dinero.

Un día al arreglarle el cuarto encontró tras de un arca un bolsillo con monedas de oro.

¿Si jugará? pensó, y un punzante escalofiro recorrió su cuerpo. Despues desechó esa idea, pues al verdadero amor le lastima toda innoble sospecha, y para sencilla virtud de Coloma un jugador había de ser un hombre malo.

Tres días guardó el bolsillo esperando ocasion de entregarlo á Salvador. Al verle este turbóse y preguntóla si lo sabía su madre.

- Ni ella ni nadie, respondió Coloma.

- Que nunca lo sepa; es producto de trabajos que ignora y que al tener noticias de ellos acaso me vedaría.

- Descuida, contestó ella; y Salvador quedó tranquilo. Pues las mujeres en medio de su ligereza jamás revelan lo que su propio interés les aconseja tener oculto, ni la que bien ama los secretos de su amante.

Tal era el estado de las cosas cuando un día en la mesa dijo la señora Tuyas á Coloma, cuya tristeza la imposibilitaba de pasar bocado:

- Come, mujer; el pan que te he puesto está del mismo modo; cómetelo, luego quedan pedazos que nadie aprovecha.

- Ya se lo daré al gato, respondió la jóven reprimiendo las lágrimas que pugnaban por brotar.

-¡Al gato! no faltaba otra cosa; que coma ratas que para eso le pedí, dijo la maestra cogiendo los pedazos de pan y metiéndolos en un cesto que colgó de un clavo bastante alto y frontero á una ventana.

-¡Ratas! repuso Salvador; ¿si quereis que coma ratas cuando las tiene agotadas? Si pasa así muchos días y no se muere, habrá aprendido á vivir del aire como los camaleones.

- Pues entonces devolverlo á su amo, que no estoy yo para mantener bocas extrañas; cógelo, Coloma, y llévalo ahora antes que luego, dijo la madre con gesto avinagrado.

Ál mismo tiempo llegó una pobre á la puerta, Coloma no tuvo valor para despedirla, y entornando la puerta acercóse á su hermana y la dijo tímidamente:

- Madre, es una mujer con dos niños y viene cuasi desnuda; ¿quereis que le dé aquella falda vieja que me regalasteis vos?

- ¿La de lana?

- Sí señora.

- Nó, aunque raida puede servirte para debajo...

- Si vierais á la mendiga os daría compasion! vos que sois tan caritativa...

La señora Tuyas reflexionó un instante.

- Coge el gato, dijo y de paso que lo llevas á Eulalia dile de mi parte que si tiene algunas faldas para una pobrecita que está cuasi desnuda te las dé y Dios la recompensará.

El rostro de Coloma expresó la mas pura alegría.

- Sí las dará, dijo, que es buena y generosa y ninguno que llama á su puerta se va desconsolado; y dirigiéndose hácia el gato pugnó por cogerle. Este que de manso que era se había vuelto arisco sin duda á causa del hambre, echo á correr, luego se paró frente á la jóven, bufó espeluzando, retiróse hácia atrás y alejándose siempre de espaldas y sin dejar de mirarla con ojos chispeantes metióse debajo de una silla.

- Cógele, Badó, y acabemos, dijo la madre.

Salvador apartó la silla, levantó al animal y lo entregó á Coloma. Al recibirlo esta le dijo muy abajo: "Tengo que hablarte hoy, " y encendida como la grana de lo que acababa de decir echó á correr.

Salvador se quedó inmóvil y como dudando de lo que había oído.

-¿En qué piensas? le dijo su madre.

- En que se han empeñado unos amigos en que vaya con ellos á las encinas.

-¿Al tirar al blanco como el domingo pasado?

- Quién os lo ha dicho?

- Eulalia que te vió volver.

-¡Ah! verdad que cruzamos unas palabras.

- Pobre Eulalia, y que cariño tan mal empleado ha puesto en tí! ¡Cuándo acabarás de conocer tus intereses!

-¡Aun os quejais, madre!

-Sí, mientras no seas su marido me quejaré; cástate con ella y harás bueno el refran que dice: ‘quien en casarse acierte en nada yerra.’

- Dejad que se case antes Coloma, que no está la casa tan boyante para hacer gastos dobles.

- Si no es mas que eso se casará pronto.

- Pues salgamos de este asunto para entrar en aquel.

Salvador dijo esto volviéndose de espaldas para ir á buscar su escopeta que estaba en un rincon de su cuarto.

-¿Te vas ya?

-Sí, señora, y no esteis con disgusto si vuelvo tarde.

-Vé con cuidado que el sitio no es bueno.

-Vamos muchos y no hay que temer.

Y colocándose la gorra y echándose la escopeta al hombro salió de la casa.

La madre le acompañó hasta la puerta quedando en ella hasta que por el lado opuesto vió llegar á Coloma.

- Mirad qué faldas, dijo esta mostrándole unas que traía envueltas en un pañuelo y haciendo al mismo tiempo señas á la mendiga que se había sentado en el umbral.

-¿ A qué la llamas? murmuró por lo bajo la señora Tuyas, déjala que aguarde; y cogiendo el envoltorio, entró en la casa.

Allí, inspeccionó detenidamente la prenda y mandó á Coloma que trajera la que había querido dar.

- Iguales, dijo al verlas juntas, recuerdo que las compramos á la vez.

- Bien podría ser, repuso la jóven; pero ahora se parecen tanto como una flor que se abre á otra que se deshoja.

La maestra sin oírla, siguió dando vueltas á las primeras faldas; despues dijo:

- Están nuevas, solo tienen esta quemadura que con un pedazo de las otras...Y asiendo unas tijeras que colgaban de su cintura cortóles un trozo del sitió menos descolorido que guardó con las nuevas, yendo ella misma á dar las malas y mutiladas á la mendiga.

Recibiólas esta con lágrimas de gratitud y alejóse colmándola de bendiciones. ¡Cuántas en el mundo se reparten tan injustamente como estas! Por fortuna Dios solo oye las que son merecidas.

Despues de su benéfica accion la señora Tuyas pidió su manto y se fué á la iglesia.

Aun cuando acostumbrada Coloma á rasgos de esta especie, no pudo dominar la mala impresion que le produjo tamaña ruindad, y apenas quedó sola exclamó:

-¡Qué vida la mía, y qué porvenir! ó casarme con un hombre que me inspira miedo comenzaron á correr por sus mejillas. De pronto sintió ruido hacía la parte del huerto que daba al campo, levantóse sobresaltada y se encontró con Salvador.

-¿Quién te ha abierto? preguntóle sorprendida.

- Yo que me llevé la llave; pero ¿qué tienes que decirme? habla por Dios, ¿que sucede que yo no sepa?

- Qu mañana de madrugada despues que tú hayas salido para Gerona he de casarme con Peralta.

- ¡Mañana! exclamó Salvador con asombro; y añadió pero ¿cuándo se ha tratado eso?

- Hace tiempo que tu madre no me habla de otra cosa; anoche despues que saliste trájole Peralta los papeles necesarios con la dispensa de las amonestaciones; y tu madre al juntarlos con mi fe de bautismo, me dijo que había llegado la hora, que estuviese preparada para casarme y que cuenta como hablaba de ello á nadie y mucho menos á tí. El dolor no me dejó al pronto proferir un acento; pero cuando estuvimos solas, me hiqué de rodillas y le pedí llorando que no me casara con ese hombre...pero me dijo tales cosas que tuve miedo. Hasta llegué á suplicarla que me buscase una casa para servir, aun cuando fuese en el campo, que yo le entregaría, en cambio de cuanto por mí ha hecho, todo lo que ganára; pero que me dejase soltera. Mas á todo decía que nó; que la gente murmuraría de ella, y que el escándalo era el mayor de los pecados.

Calló Coloma, y despues de haber luchado un instante Salvador para dominar la colérica indignacion que rugía en su pecho dijo con voz sorda:

-¡Me engañaba el infame! ¡necio de mí que daba á sus sentimientos la lealtad de los míos!...Me había dicho que su amor era un pretexto...Salvador detuvo, luego continuó: un pretexto que doró entonces con tales razones que yo le creí; y confiado en tu cariño, -

porque sí, Coloma aun cuando no hablemos de ello, tus sentimientos y los míos no han cambiado, -esperaba tranquilo un día que no debía estar lejos. ¡Oh! ¿por qué he sido el juguete de ese hombre? ¿por qué no me has avisado antes?

- Y cómo, si tu madre no dejaba de repetirme: ¡ay de tí si hablas á Badó de esto! ¡ay de tí! y ¡ay de él! mi maldición os seguirá por do quiera. Cuando le pedía llorando que no me casára, decía es preciso; mientras estés soltera Salvador no querrá á Eulalia, y sin ese casamiento no tenemos más porvenir que la miseria, porque estamos empeñados hasta los ojos; ¡quién me hubiera dicho que despues de cuanto por tí he hecho habías de pagarme con semejante ingratitud! ¡Oh! qué bien dice el refran: cría cuervos y te sacarán los ojos. A esas y otras muchas quejas que no te repito, no tenía otro medio que someterme á todo; pero cuando he visto cerca el momento me ha faltado valor y acudo á ti para que me aconsejes.

Y la jóven cubriéndose el rostro con el delantal redobló su llanto.

Salvador de pie frente de ella, apoyado en la escopeta, pálido y sombrío, permaneció largo rato en silencio; al fin con voz firme aunque alterada repuso:

- Tranquilízate, yo te doy palabra de que no te casarás, y ojalá arrostrando por todo hubieras hablado antes de ahora. Las cosas no habrían entonces llegado á este extremo. Pero por Dios, que aun no es tarde! Adios.

Coloma levantó su precioso rostro lleno de lágrimas como una azucena de rocío y dijo tristemente:

-¿Á dónde vas?

-A impedir que Peralta vuelva.

-Es que no vendrá hasta mañana.

-Ya sabré yo encontrarle, si estuvo aquí anoche no estará lejos.

-Por Dios; ve como le hablas, que ese hombre es malo.

-No tengas cuidado; y mientras decía esto registraba minuciosamente su escopeta.

Una idea súbita como una exhalación cruzó por la mente de Coloma.

-Esa escopeta puede ocasionarte daño, no la lledes por Dios, díjole con angustia.

Salvador la miró fijamente.

-¿Temes que le mate?

-Temo que riñais y que suceda una desgracia; ¡ah! ¡qué sería de mí si tú faltabas y muerto ó matador yo te perdía...?

-Es verdad, muerto me llorarías y el crimen me haría indigno de tí, repuso Salvador con ese desprendimiento de la vida tan propio de la juventud. Y arrimando la escopeta á la pared y repitiendo adios, tornó á salir por la puerta del huerto.

Apenas desapareció, Coloma comprendió que su miedo la había hecho tener una loca exigencia. Salvador solo por esos campos y sin arma alguna estaba expuesto á mil peligros que antes no se le ocurrieron y que en aquel instante se representaban á su fantasía con extrañas proporciones. Intencion tuvo de salir a la puerta falsa y llamarle; pero la voz de la señora Gertrudis que llegó de repente á su oído desde la entornada puerta de la calle donde hablaba con una vecina detuvo.

-¡Virgen santa! exclamó, si ve la escopeta lo comprenderá todo, y asiéndola presurosa, corrió á esconderla en el cuarto de Salvador.

V.

Antes de avanzar en nuestra descolorida narracion, conviene retroceder un poco é iniciar al lector en secretos que desconoce y cuyos minuciosos detalles son, por decirlo así, el hilo que entrelaza los sucesos de esta historia.

El día en que riño Salvador con su madre y salió de la casa diciendo que no volvería, pensaba irse á Gerona para sentar plaza de soldado.

Seguro estaba de arrepentirse luego de semejante locura, pero su dignidad de hombre se sublevaba ante la dura dependencia de una madre exigente é inconsiderada, sin hallar otro medio para sustraerse á ese yugo, que el de cambiarlo por otro mas terrible.

Salvador, dotado por el cielo de las mejores cualidades, rechazaba por instinto, si bien el respeto sellaba sus labios, los grandes defectos de su madre: defectos cuidadosamente velados al público con la apariencia de caridad y virtud que daba á todas sus acciones; prestado manto que en el interior de la familia arrojaba á veces como fatigada, patentizando á los ojos de su hijo su odiosa hipocresía.

Nada hay mas triste para un buen hijo, que conocer los defectos de sus padres; el deber le manda callar y el respeto ser ciego ante aquellos; pero su razon se subleva, menoscabándose el cariño en la secreta lucha.

Incapaz el jóven, al entregar las cuentas semanalmente á su madre, de cercenarle un maravedí, maldecía sin embargo su sórdida avaricia, y guardaba por ella y por los sufrimientos de Coloma un amargo y secreto rencor.

El rencor en un alma noble, es como el hábito que empaña la tersura de un espejo, mancha que desaparece pronto bajo un suave contacto. A ser tratado Salvador con mas blandura, que hartó lo merecían su afán por el trabajo, su fidelidad en las cuentas y su hasta entonces bondadosa docilidad, ese defecto hubiera desaparecido entre sus buenas cualidades; pero la mala maña de la maestra que quería llegar á su fin sin pararse en los medios, le había hecho tomar colosales proporciones.

Dominado por su enojo, caminaba Salvador á largos pasos por la carretera de Gerona, cuando fué alcanzado en su marcha por otro que desde largo rato de seguía.

Era este un muchacho de su edad, llamado Dalmacio, que á la circunstancia de ser amigo y compañero desde la infancia, tenía para Salvador la de ser vecino y estar por consiguiente iniciado en algunos de los secretos de su familia.

-¿A dónde vas? le dijo enlazando su brazo con el suyo, te he visto salir de tu casa con cara de pocos amigos, y á tu madre con las mejillas encendidas y el rostro alterado, asomarse á la puerta para ver sin duda qué camino tomabas. Coloma que salió despues, aun cuando no lloraba, tenía los ojos enrojecidos y apenas podía contener los sollozos; con que cuéntame tus penas, que males comunicados, si no se quitan se alivian, aunque á decir verdad presumo que la manzana de la discordia es tu indiferencia por Eulalia, la viuda mas bonita que hay diez leguas á la redonda.

Salvador naturalmente reservado negó al pronto; pero Dalmacio sonriendo con malicia díjole:

- Si lo sé todo, si estos pozos de medianería no permiten secretos entre los vecinos. Con que vaya, ¿á dónde ibas?

- A sentar plaza, respondióle Badó con despecho.

Sorprendióse el mancebo y trató de combatir su resolucion con fuertes razones. Hablóle del arrepentimiento que sigue siempre á una determinacion acalorada, del disgusto que tendría Coloma y de la pesadumbre que daría á su madre, que aun cuando preocupada hoy por un casamiento en contra de otro, podía ceder mañana á los ruegos de su hijo; que la madre siempre es madre, y una gota de agua cuando es continua quebranta una peña. Con estas y otras muchas razones á las que Salvador respondía con el silencio, sacó el brazo de debajo suyo, y pasándoselo al rededor de la cintura, le hizo dar la vuelta á la villa; y diciéndole que para ahorcarse siempre había tiempo, pues tal conceptuaba él aquello de sentar plaza, le arrastró á un oculto garito.

Jamás había entrado Salvador en una casa de juego; aquella atmósfera cargada, aquel silencio sombrío interrumpido solamente por una voz concisa y el ruido de los metales,

aquella luz humeante y fétida, pues en la pieza había ya anochecido y sobre el oscuro tapete de la mesa se veía un velon de dos mecheros, le causaron una impresion extraña.

El amigo, despues de haberse hecho sitio en el corro, y colocado junto á sí á Salvador, á quien por ser pájaro nuevo se le cedió el puesto de cabacera, inspeccionó un instante el juego, y como el que conoce sus azares, dijo arrojando unas monedas sobre la mesa:

- A la sota.

Salvador aturdido metió la mano en su bolsillo y sacó de él unos cuantos reales; única cantidad que poseía, y arrojóla al azar en la carta mas próxima, esperando con sombría taciturnidad el resultado de la suerte.

Desgraciadamente esta le fué favorable, y decimos desgraciadamente, porque á perder su corto peculio, hubiera hido con hastio de semejante antro; pero al ganar una, y otra, y otras muchas veces, una extraña metamórfosis operóse en él desvaneciésele la ira, su hasta entonces nebuloso porvenir cubrióse con los blancos y dorados celajes de la esperanza, el brillo del metal blanco y dorado que pasaba de en medio de la mesa á su mano, y que ya le pertenecía, fascinó su espíritu y desvaneció su cabeza, como el aliento mortifero del americano boa.

Las horas trascurrían con una rapidez inaudita, ó por mejor decir el tiempo pareció haber suspendido su marcha para él solo, pues los jugadores se relevaban unos á otros sin que se apercibiera de ello; la lámpara se había renovado dos veces sin que siquiera lo notára; su amigo al retirarse intentó sacarlo de allí, pero él sin oirle rechazóle con la mano, fija toda su atencion en un caballo al que acababa de aventurar un puñado de monedas. Clavados los ojos, que le enardecía la fiebre de la impaciencia en las cartas que caían sobre el tapete y en el monton de plata y oro que á su lado se formaba y que tan pronto disminuía como tornaba á crecer con diabólica prontitud, excitando la envidiosa codicia de los jugadores y la reprimida cólera del banquero, saboreaba todas las punzantes y violentas emociones que lleva consigo la perniciosa pasion del juego.

Solo cuando arrojaron los naipes sobre la mesa y una mano femenina abrió de pronto las ventanas de la pieza que inundó la luz del sol, comprendió el jóven cómo había pasado la noche; quien allí le introdujo, los jugadores, y sobre todo sus montones de oro y plata habían desaparecido. Solo quedaba sobre aquella mesa fatal el tapete deshilachado y roto por algunas partes, barajas deslucidas y el velon que flameaba, aun cuando oscurecía su luz el resplandor del día. La estancia estaba desierta, desordenada y sucia, las sillas derribadas, y cargada la atmósfera del espeso y nauseabundo humo del tabaco. Allí había quedado él, solitario como aquella luz que iluminára durante la noche su

riqueza; riqueza que pasó ante sus ojos con la fascinadora rapidez de una vision fantasmagórica. Se encontraba pues pobre y por consiguiente solo; ¡pobre, infinitamente mas pobre que el día antes, pues jugó bajo su palabra cantidades para él enormes, y que en la embriaguez del momento ofreció pagar antes de tres días!

¡Ay! la ganancia para el novel jugador es como el cebo para el pez y el reclamo para el ave, precedentes seguros de una total ruina. ¿Como salir de aquella casa cuando no había tenido el hipócrita pudor de sus compañeros de ausentarse antes que amaneciera? Y sin embargo era preciso huir de aquella infernal guarida, en donde había penetrado con toda la hermosa indiferencia de una conciencia sin tacha. Convulso, calenturiento, con los ojos hundidos y la faz marchita, sintiendo violentos latidos en las sienes, el corazon oprimido y las piernas entumecidas y débiles, arrancóse de aquel sitio y huyó al campo.

El fresco ambiente de la mañana reanimóle un poco, y sin direccion fija atravesó la riera y se internó en el bosque. Allí, apoyado contra un árbol, comenzó á reflexionar sobre su situacion. El día antes había salido de su casa decidido á sentar plaza como único recurso en su desgracia; hoy hasta eso le estaba vedado, pues él no se ausentaría sin pagar, y para eso era preciso arruinar á su madre. ¿Cómo presentarse ante ella sin que leyera en su frente los horribles padecimientos de su alma? ¡Oh! ¿por qué no podía, aun cuando fuese á costa de su sangre, cambiar su infortunio de hoy por el tan liviano de ayer? ¿Qué hacer en situacion tan apremiante? ¿á dónde volver los ojos? ¿á quién finalmente demandar ayuda ó por lo menos consejo?...

Tales eran sus reflexiones cuando un golpecito en el hombro le hizo volver los ojos y lanzar un grito de sorpresa. Peralta estaba á su lado contemplándole con afable ademan y afectuosa mirada.

-No os desesperéis, jóven, que la desgracia no es tan grande que no tenga remedio, díjole el forastero empleando, como la astuta serpiente, el falso lenguaje del hipócrita para seducir á la inocencia. Verdad que habeis perdido, prosiguió, y que vuestro compromiso os parece inmenso, porque ignorais que yo puedo proporcionaros trabajos con cuyos productos le hagais frente...¿Me mirais con asombro? No es extraño; estabais tan embebido en el juego que no me echasteis de ver. Todo se zanja con que cobreis adelantando; tomad este bolsillo, en él hay doscientos duros en oro, habeis de pagar dentro de tres días, pagad si quereis hoy mismo; si esto no basta hablad.

La sorpresa no permitió al joven expresar al pronto sus ideas; pero su rostro dió bien á entender la repulsa que no sonaba en su labio, pues Peralta sin guardar el bolsillo que sacara del cinto se apresuró á decir:

-¡Cuán engañado estais! Si con una apariencia de razon, por suponerme vuestro rival, me habeis negado hasta ahora vuestras simpatías, oidme, que despues de ello cambiareis en afecto el odio. Verdad que en un principio, haciendo justicia al mérito de Coloma, deseé que fuera mi esposa, y aun hablé de ello á vuestra madre. Mas luego ví claro, y renuncié á un bien que no habían de otorgarme sin lágrimas. Renuncié á él aunque continuando mis visitas, porque desde entonces, el objeto de ellas fuisteis vos, porque vos me haceis falta, al par que yo puedo servirlos de mucho; mas aun, puedo en cambio de vuestro trabajo daros una fortuna.

-Explicaos, murmuró Salvador.

-Tomad antes la bolsa y guardad lo que contiene.

-Nunca, hasta saber qué trabajos son esos y si puede su importe cubrir mi deuda.

El aragonés condújole entonces por lo mas espeso del bosque, hasta llegar á la montaña que comenzaron á subir. Casi á la mitad de ella por el lado de Farnés, Salvador se detuvo:

-¿A dónde vamos? preguntó pues la aspereza del camino comenzaba á inspirarle sospechas.

-Vamos, repuso Peralta acercándose á su oido, á una mina on donde vereis el dinero en grandes montones, porque ya no quiero ocultaros nada; este sitio lo descubri al principio de la guerra, combatiendo en el partido de don Carlos. Una noche con unos cuantos de mis soldados, rendido como ellos de fatiga y persiguiendo por un destacamento contrario, pasé por aquí con la idea de acogerme en San Pedro Cercada; empero la casualidad me hizo antes encontrar una gruta maravillosa, donde en seguridad descansaremos algunas horas. Al salir de ella, mi teniente me dijo al oido: Capitan, ¿no os parece á propósito marcar este sitio y cerrar esta entrada? Aprobé su pensamiento, y poco despues del convenio de Vergara volvimos los dos á la sierra donde hallamos el peñasco que tapaba la cueva del mismo modo. Unicos poseedores del secreto, pues nuestros soldados habían perecido, unos en los combates, y otros prisioneros, tratamos seriamente de utilizarnos de él. Trabajamos por consiguiente en mejorarla, dímosle entrada distinta y mas fácil de cerrar, proveímosla de ciertos útiles y de...pero para qué mas explicaciones, puesto que ya hemos llegado.

VI.

El camino que habían seguido, después de una áspera subida formaba una especie de recodo, resguardado por una gran peña que le escondía á las miradas de los que visitaban el santuario. Grandes alcornoques y recios pinos crecían allí tan cerca unos de otros que al extender los primeros sus oscuras y recias ramas, y los segundos sus brillantes y verdes plumeros, interceptaban en algunos sitios los rayos del sol. El terreno como cansado de su aspereza formaba en aquel paraje un pequeño rellano, velado por una parte con la espesa muralla que le ofrecían los árboles y por otra con la antedicha roca. Sobre el borde de esta, avanzaban hacia la plataforma dos enormes pedruscos; como si en algun cataclismo de la naturaleza al precipitarse desde la cumbre de la montaña al llano, les hubiera detenido allí la mirada del Señor, para asombro de los hombres y perenne amenaza de los que bajo su sombra se guarecieran.

Salvador no pudo menos al verse en aquel sitio de exclamar con sorpresa.

-¿Como siendo del país y habiendo corrido tantas veces la sierra no he llegado aquí nunca?

-La forma no es de quen la busca sino de aquel á quien Dios se la envía, repuso Peralta sonriendo; y apartando un monton de maleza que en un extremo había, descubrió una piedra en figura de cono trucando de escasa altura y de unos dos palmos de diámetro.

Salvador le miraba en silencio; el aragonés apartó la piedra y descubrió la boca de un pozo que se ensanchaba rápidamente, y de cuyo borde pendía, sujeta en un gancho de hierro, una recía escala de cuerda.

Peralta se deslizó por ella diciendo á Salvador:

-Bajad tras de mí sin reparo alguno, porque no hay riesgo.

El jóven retrocedió un paso; un secreto instinto impulsábale á huir de aquella oscura sima como de una boca del infierno, y del aragonés como del espíritu del mal que le arrastraba á sus horribles antros.

Mas la voz de Peralta que se alzaba desde el pozo incitante y burlona repitiendo:-
¿Vacilais? ¿Teneis miedo? despertó su orgullo, ese mal genio, esa traidora serpiente que con harta frecuencia nos silba al oido, ansiosa de perdernos; entonces respondió:

-¡Miedo! nunca, jamás! y lanzándose á la sima desapareció. A la mitad de su descenso, oyó un ligero chasquido al que siguió instantáneamente un débil y azulado reflejo, convertido pronto en la luz de una vela.

Peralta le aguardaba con ella á dos pasos de la escala; al verle sentar el pié en el suelo entrególe la bujía diciendo:

-Tomad, mientras cierro la entrada, pues aunque el sitio es solitario la precaucion nunca sobra.

Y cogiendo un tablon que tenía por un lado el color y la apariencia de una peña, volvió á trepar la escala y á colocarlo en la boca de la sima, sujetándolo por dentro con un hierro asegurado en la roca.

Hecha esta operacion, que fue cosa de unos segundos y que Salvador observó con exquisito cuidado á la luz de la bujía, Peralta descendió, y tomando la vela y encendiendo otra que aseguró en un cubillo que había en la pared, dijo al jóven.

-Mirad ahora mi palacio encantado.

Salvador levantó los ojos y se halló en una bóveda de unos treinta pasos de extension, bastante elevada y ancha, mas sin otra abertura que la boca del pozo, lo que hacía que el aire de ella fuese algo pesado. Hacia el confin de la gruta el liso tronco de un pino ligeramente pulimentado servía de escaño, viéndose ante él un monton de cenizas, indicio seguro de ser aquel sitio el destinado para hogar. A uno de sus lados en un rebasamiento que formaba la roca viva, se encontraban unas botellas, un vaso de búfalo y parte de un pan florecido á consecuencia del tiempo y la humedad. En un extremo de la pieza espuestas de varias dimensiones, colocadas unas sobre otras, tapando una mayor el rimero que formaban; planchas de cobre, una máquina, que al pronto no reconoció el carpintero, y recortes de aquel mismo metal hacinados en un seron; un manubrio, un pequeño yunque y algunos otros instrumentos amontonados cabe la máquina, era todo cuanto en la cueva se encontraba.

-¿Qué os parece mi casa secreta? preguntó Peralta despues que hubo observado detenidamente la impresion que todos aquellos útiles le producían.

-¿Fabricas moneda falsa? repuso Salvador lacónicamente.

-No falsa, sino muy verdadera; y cogiendo de sobre la máquina una especie de cajita en que no había reparado Salvador, le presentó unos troqueles de muy buen trabajo.

-Buenos son, dijo Salvador examinándolos.

-Ya lo creo, como que el teniente sobre ser grabador, tenía genio y entendía el asunto. Mirad ahora el género que con ellos se marca y decidme qué os parece.

Y levantando la espuesta que coronaba las otras, ofreció á sus ojos todas la demás, llenas de monedas de á seis cuartos.

-Calderilla, dijo Salvador cogiendo unas cuantas y mirándolas á la luz, calderilla y moneda catalana.

-La que mas dá y menos riesgo ofrece.

¿Creereis que deducidos gastos, ha llegado á dejar el cuatrocientos por ciento de ganancia? Miradlas, miradlas bien; ¿á qué no echais nada de menos en ellas?

-Sí por cierto, el grillete que llevará de seguro aquel que clandestinamente las fabrique.

El rostro de Peralta se alteró ligeramente, despues dijo:

-Verdad que hay exposicion, pero qué negocio no tiene sus quiebras, y cuanto mas lucro mayor riesgo; mas este está asegurado. El sitio es inexpugnable, y con mi método los dos nos bastamos para fabricarla; el que tiene la comision de expenderla, lo mismo que el que proporciona las planchas, no saben del secreto sino lo preciso; somos los dos sus únicos poseedores, pues hasta el medio de conducirla es un misterio que desconoce el mismo que la trasporta. Ya veis que podemos estar tranquilos, pues ni vos ni yo...

-¿Y vuestro teniente?

Peralta palideció; luego exhablando un suspiro repuso:

-Al existir él, no os hubiera buscado. Tres meses hace que murió; ¡pobre chico! Poco despues de su pérdida quiso la suerte que os conociera y que tanto os debiese. Desde entonces tuve la idea de enriqueceros haciéndoos mi socio; pero vuestro alejamiento lo retardaba de día en día; ya desesperaba de ello cuando os ví ayer con un mocito de mala cabeza; os seguí y entré en aquella casa donde me disteis compasion, de tal modo se os reflejaban en el rostro vuestras secretas emociones. Cuando lo perdisteis todo, al ofrecer dinero sobre vuestra palabra, el que tallaba, que era un militar llegado hace poco, os miró con desconfianza; yo que le conocía os aboné. Tan obcecado estabais que al dar las gracias á los que en favor vuestro no hicieron sino repetir mis propias expresiones, ni aun reparasteis en Peralta que os miraba con pena y con el mismo interés que á un hijo. No hagais ese gesto de duda; sí, con pena, porque estais apasionado y contrariado en vuestro cariño, y con interés, porque sois bueno, laborioso é inteligente y la fortuna no os favorece. Pues bien, yo quiero ser vuestra Providencia; trabajareis conmigo, tomareis vuestras ganancias, y pasado algun tiempo podeis casaros con Coloma y ser rico y feliz con ella: porque, os lo repito, desde que comprendí que la amabais y erais correspondido desistí de mis pretensiones.

El jóven escuchó en silencio estas y otras muchas razones de que se valió Peralta para convencerle. Sencillo, pobre y enamorado, fué fácil de alucinar, cediendo á la tentacion que tan bien en aquel momento sabía cubrirle de rosas la senda del abismo.

Salvador ofreció á Peralta ayudarle y guardar como y mas que su propia vida, el secreto del que ya era participe.

Desde ese día, confiado en las protestas del aragonés, vió sin alarmarse sus asiduas visitas, riéndose interiormente de las suposiciones de la gente y de los planes de su madre, que creía además medio seguro para alejar toda clase de sospecha.

Fácilmente se comprenderá ahora la tempestad que levantó en su alma la confianza de Coloma.

-Me engañaba, me engañaba el miserable, repetía ciego de indignacion al salir por la puerta falsa al campo; me engañaba, pero por Dios trino y uno que le hallaré y no ha de reirse de mí.

VII.

La maestra entró en su casa refunfuñando por el mal tiempo que le impedía hacer mil diligencias indispensables para el casamiento proyectado.

-¿Pues que llueve? preguntó cándidamente Coloma.

-No llueve; pero es preciso ser ciego ó estúpido como tú para no comprender que se acerca una furiosa tempestad; ¿no ves que se ha puesto como si se acercára la noche? Coloma se asomó en silencio al patio de la casa.

Una danza y plomiza nube que había empezado levantándose de los cerros como el humo de oculta hoguera, desprendíase de sus altos picachos y avanzaba hácia el pueblo con caprichosas y negras ondulaciones, como una movable montaña, surcada en su fondo por silenciosas culebrinas de fuego.

Al ver la negra mole que oscureciendo el sol, enlutaba la campiña y amenazaba envolver la poblacion, no pudo menos de exclamar:

-¡Virgen santa de Farnés, y el pobre de Salvador por esos campos!

-No ha ido á las encinas, repuso la maestra, me lo ha dicho en la iglesia la señora Mónica, que lo sabe por su hijo Dalmacio que era de la partida. Han mudado de pensamiento, y han hecho perfectamente: Salvador estará con ellos en el juego de pelota ó en cualquier otra parte por aquí cerca. ¿Crees tú sino que estaría tan tranquila, siendo como es mi hijo cuanto tengo en el mundo? Ese mismo rigor que me ves á veces emplear con él y contigo, es por el bien te quiere te hará llorar; los jóvenes rara vez conocen sus intereses, á tí te conviene Peralta, á Salvador Eulalia: ¡qué importa que tú

no quieras mucho al aragonés, ni Salvador á la viuda, si las buenas cualidades de unos y otros garantizan la felicidad de todos!...

Un lejano trueno interrumpió á la maestra, que santiguóse murmurando una oracion y entró en su cuarto para rezar el trisagio.

Al verse sola la jóven retorcióse los brazos con angustia diciendo con desesperacion.

-¡Cuán desgraciada soy! despues de haber callado dos meses, perder á Salvador por mi imprudencia de esta tarde! ¿por qué en vez de hablarle á él, no le decía á su madre: nó, nó, mil veces nó? Y si valor me faltaba para ello, ¿por qué no huía á casa de Eulalia que de seguro no me hubiera rechazado? ¡Oh! Si a Salvador le sucede alguna desgracia no me la perdonaré en toda mi vida.

Salvador entre tanto corría ciego de cólera por el bosque, que en breve inundarían los torrentes de la sierra, en busca de un riesgo mayor que el que amenazaba la tempestad, pues no hay tormenta mas peligrosa que la que levantan las pasiones de los hombres. En una de las encrucijadas del bosque llegó á su oido el lúgubre tañido de la campana que anunciaba el mal tiempo; sonido tristísimo como el toque de agonía, y aterrador como el del incendio; imponente llamada que nos anuncia la cólera del Señor, como anunciaban las trompetas en el alto Sinaí el paso de su gloria; voz de bronce que nos dice: deteneos un instante, doblad las rodillas y levantad las frentes; ¡quién sabe si algunos de los que conemplais esas sombras podreis ver el iris que las reemplace!

Salvador detuvo su paso, descubrió su airosa cabeza y escuchó un instante el fatídico son; despues teniendo los ojos por el ennegrecido espacio murmuró:

-Razon de mas para que se halle en la cueva, aun puedo estar allí antes que descargue el turbion; y apretando el paso y echando por atajos, llegó en breve á las cercanías de la gruta.

Su carrera había sido tan rápida que no pudo menos de pararse fatigado en la especie de cañada que conducía á la plataforma. Exhaló un suspiro de cansancio, quitóse la gorra, y limpió con un pañuelo el sudor que de su frente goteaba.

La quietud de la naturaleza era en aquel momento tan profunda y solemne, que sobresaltó al jóven el ruido de unas hojas agitadas de pronto á su espalda.

Volvióse súbito, mas solo vió la leve ondulacion, que se calmaba paulatinamente, de las ramas de un alto y espeso matorral.

Juzgando que detrás de este podía esconderse alguien, dirigióse rápidamente hácia el sitio, mas sin encontrar cosa alguna. Entonces notando algo mas léjos el mismo

movimiento, cogió una piedra que arrojó allí con certera mano, sin que grito, queja ni nueva agitación en la maleza respondieran al golpe.

Convencido de que el ruido lo produjo alguna enorme culebra que rastreaba entre los jarales, ó algun zorro que en busca de su guarida huía asustado por la tempestad, siguió adelante llegando en breve á la cueva.

Entre tanto anchas gotas de lluvia comenzaron á caer. Salvador sin reparar en ellas miró el sitio del pozo cerrado con la piedra y el ramaje.

-¿Dónde estará ese hombre? pensó, aquí no, en la población tampoco, ¿en dónde hallarle ahora con la tempestad encima? Y como la lluvia arreciase guarecióse bajo la roca. Un bronco, rudo y prolongado trueno resonó de repente repitiendo su tremenda vibración los ecos que se escondían en las concavidades del monte. Salvador asordado por aquella espantosa detonación, viendo además caer la lluvia por las hendiduras de la roca, y que abrían las nubes sus senos arrojando de ellos grueso y punzante granizo, y que las cataratas del cielo parecían querer lanzar sobre la tierra todo el caudal de sus aguas en un segundo diluvio, apartó apresurado cuanto cerraba el pozo y se deslizó en él como único punto de refugio.

Al entrar en la cueva su primera idea fué encender luz, y la segunda tapar la entrada, pues el agua que comenzaba á bajar á torrentes amenazaba inundarla; mas por desgracia los fósforos que como fumador acostumbraba á llevar siempre consigo se habían inutilizado con la humedad.

Palpando la pared, dirigióse entonces al sitio donde se guardaban los útiles para encender fuego; mas feliz con estos, logró al cabo de unos instantes encender una vela que colocó en su acostumbrado cubillo, volviendo luego para cerrar la cripta. Mas al avanzar hácia la entrada, retrocedió súbito viendo levantarse ante sus ojos siniestra y amenazaba la figura de Peralta.

-¿Por dónde habeis entrado? preguntó Salvador en su sorpresa.

-Por donde vos! repuso el aragonés, mirad ya cerrada la boca, y vos ¿á qué venés?

-A buscaros.

-¿A mí, si no ofrecí volver hasta el jueves?

-¿Entonces cómo os encontráis en este sitio?

-Yo estoy en mi casa, soy el amo y no he de dar cuenta de mis acciones; vos si que sois mi subordinado.

-Os engañáis; acabóse ese tiempo, dos meses hace que me explotais como á un esclavo, que me teneis días enteros en esta cueva inclinado sobre esa máquina donde caen las

gotas de mi sudores, mientras vos os paseais tranquilamente sin que os falte otra cosa que el látigo del negrero. ¡Y yo me sometía á todo, sin sospechar que me engañabais, y que queríais arretabarme la mujer que amo! Hora es pues de que concluya tan dura servidumbre.

-¡Si que concluirá! ¿Creeis que no he visto como registrabais el campo por si alguien os espiaba? ¿Creeis que nací ayer, y que no conozco á los hombres? Sabeis que en oro, guardo aquí el cambio de un caudal, y venis á robarlo para delatarme luego, y quedar así rico y exento de pena. Pero por Dios que no será.

A tan injustá acusacion Salvador quedó mudo un instante, mas luego crispando los puños lanzóse al aragonés gritando.

-¡Yo ladron, ladron yo!

Peralta echóse atrás, sacó una pistola y apuntóle al rostro.

Salvador se arrojó súbitamente al suelo y la bala atravesando el sitio que había ocupado su cabeza se clavó en la roca.

Rugió de ira el aragonés, arrojó el arma y sacó otra igual; pero mas listo el jóven cogióle por los piés y le derribó, disparándose con la caída la pistola.

La lucha entonces fué horrible; en tierra ambos, en aquella pavorosa cripta á la que llegaban sordos, pero amenazadores, los bramidos de la tempestad; alumbrados apenas por la luz de una bujía, cuyo reflejo servía mas para hacer resaltar grandes massas de sombra, que para desvanecerlas; enlazados ambos como dos reptiles que procuran devorarse: oyéndose sus anhelantes respiraciones tan pronto como el silbo de la sierpe, ó cual el ronco resuello del toro acostado. Lucha espantosa, á muerte; lucha para el jóven como la del gladiador con la fiera que ha de devorarle; ella defendida con armas que le dió la naturaleza y acrecido su poder con el hambre que la hostiga; él sin otro escudo que su propio valor, ni mas esperanza que vender cara su vida y caer dignamente.

Peralta mas vigoroso, Salvador mas ágil, lo que cedía por flaqueza volvía á recobrarlo por astucia: la lucha era cada vez mas violenta, los golpes mas crueles y el afan de entrambos levantarse aun cuando no fuera sino un segundo.

Al fin logró Peralta medio incorporarse y poner una rodilla sobre el pecho de Salvador, y oprimirle con el siniestro brazo una mano y la garganta, mientras que con la derecha buscaba en su bolsillo el mango de un puñal.

Salvador con el rostro amoratado y la vista extraviada miraba en torno, y con la mano que libre tenía golpeaba violentamente al pavimento.

-Peralta, iluminada su faz por una sonrisa satánica, sacó al fin el cuchillo cuya vaina algo premiosa arrancó con los dientes.

Mas al mismo tiempo Salvador que forcejaba en vano por desasirse de su enemigo extendiendo desesperadamente el brazo, tropezó con una de las pistolas, y asiéndola por el cañon, al inclinarse Peralta para herirle asestóle con ella un terrible golpe en el rostro. Lanzó el aragonés una especie de bramido, soltó el puñal y cayó desplomado.

Salvador se puso de pié, pasó las manos por sus ojos que cegaba la sangre de su contrario, y sin detenerse a mirar si le había muerto, atraveso la bóveda y trepó por la escala. El cansancio, el azoramiento y mas que todo la oscuridad de aquel sitio, pues allí no alcanzaba la luz de la bujía, imposibilitáronle largo rato para abrir la trampa; mas al fin consiguió arrancar el hierro y que cayese el tablon. Ya ponía la mano en el borde de la sima, cuando crujió la escala con un doble peso, y oyó, la enronquecida voz de Peralta que decía: ni tuya ni mía, ladron, no te escaparás.

Salvador saltó apresurado fuera del pozo, miró hacía su fondo y se creyó perdido.

El aragonés con el rostro ensangrentado, profiriendo amenazas espantosas, y sin soltar el puñal, que brillaba á cada punto á la luz del relámpago que todo lo llenaba de un lívido reflejo, trepaba por las cuerdas que amenazaban romperse con el duro movimiento que les imprimía.

En aquel momento terrible, Salvador cogió con ambas manos la escala y con un violento esfuerzo arrancóla del gancho y arrojóla con ímpetu al fondo de la cripta.

Empujó con presteza la piedra que la cerraba, y hacinando sobre ella cuantas ramas desgajadas habían dejado en aquel sitio los torrentes que con la lluvia bajaban, huyó hacía la villa entre el recio aguacero que acompañaba el bramido del trueno y el imponente fragor de la tempestad.

VIII.

El tiempo, ese anciano mas antiguo que el mundo, que sin detenerse; en su marcha sepulta con una mano á los hombres y sus monumentos, y con otra desemboza los misterios mas ocultos; había traído con el decurso de un año sobre la memoria de Peralta, para todos, excepto la familia de Salvador, una niebla mas densa que la que acumula sobre pueblos y naciones el paso de los siglos.

El aragonés había desaparecido como la piedra que se arroja á un abismo, como el surco que se traza en el mar.

Solo Salvador, cuyo interés le aconsejaba ocultar en lo mas recóndito de su alma cuanto de él sabía, si bien tranquilizaba sus temores la general ignorancia, sentía cada vez que su madre aventuraba algun juicio sobre la inmotivada ausencia del aragonés, presentarse á su memoria y torturar su espíritu todos los tormentos que debieron preceder y acompañar la prolongada agonía de aquella hercúlea y vigorosa naturaleza.

La desesperacion de verse enterrado vivo por el mismo á quien quiso sacrificar, haríale rugir y depedazarse en su impotencia, como una fiera cogida en un lazo.

¡Con que sangriento despecho golpearía las paredes de su inmenso ataúd, donde en el momento de su triunfo había sido encerrado, para morir como el avaro careciendo de todo sobre el monton de sus riquezas!

Las angustias de la sed y los horrores del hambre, que de tan espantosas visiones pueblan una fantasía debilitada por ellas; la certeza de que su última hora se acercaba á pasos precipitados, pues al caer la piedra sobre la boca del pozo cerróle, como la culpa á Satán, todo camino á la esperanza, debieron asemejar sus últimos momentos á la desesperacion de los precitos.

Sí, porque Salvador al comprender, por desgracia demasiado tarde, los sentimientos de Peralta, tenía la conviccion, no solo de su duro y vengativo carácter, sino de la impiedad de su alma; pues la fe, santo y misterio so lazo que une la tierra con el cielo; la fe que hermanada con el arrepentimiento forma mística escala por donde se asciende, desde los abismos de la culpa al seno de la eterna gracia, no había endulzado los postrimeros instantes de aquel hombre. A creerlo de otro modo, Salvador hubiera corrido, pasado su primer colérico arrebató, y levantado con gozo la piedra de aquel sepulcro. Mas la vuelta de Peralta á la vida llevaba consigo su sentencia de muerte, y lo que era peor para el enamorado mancebo, el sacrificio de Coloma.

Entonces el instinto de conservacion que puso Dios en todos los corazones, acrecido por el encono que dejan los celos en toda alma, por generosa que sea, hízole desistir de un noble impulso, y gravar su conciencia con un peso cien veces superior al que arrojó su propia mano sobre la boca de la sima.

Al verse á su vuelta á la casa hostigado por las preguntas de Coloma, y al querer persuadirla de la inutilidad de sus esfuerzos para hallar á Peralta; la mentira que en aquel momento manchaba sus labios atrajo tal palidez á su rostro que estuvo á punto de venderle.

Mas pasado aquel vértigo, díjola que en Riudarenas, donde acostumbraba á detenerse el aragonés con amigos que allí tenía, le habían asegurado que estaba en Gerona. Corroboraba esta noticia su despedida la antevíspera de la boda para dicha ciudad.

Coloma incapaz de dolo quedó persuadida de que Peralta había perecido, pues solo la muerte podía haber hecho desistir de sus egoistas pretensiones á quien no retrocedería por las suplicas y lágrimas de la jóven.

La maestra tampoco sospechó; criada en un pueblo de sencillas costumbres, y cuyo reducido círculo hace raras esas dolorosas decepciones, tan comunes en los grandes centros de la sociedad, y que tan acerbos dudas infiltran en el alma; creyó las suposiciones de su hijo, como había creído las palabras de Peralta, quedando cual Coloma y todos los que le conocieron en la persuasion de que había susumbido en Gerona.

Esta creencia era tanto mas verosímil, cuanto que el aragonés acostumbraba alojarse en una de las casas del barrio en que había ocurrido la catástrofe, cuyas víctimas no fué posible numerar.

¿Qué repentina peste, qué devorador incendio, que inesperada calamidad había en breves horas pasado por aquel sitio, señalando su paso como el arcángel de las celestes venganzas con un rastro de exterminio?

¡Ay! dos negras fechas guarda en los fastos de su reciente historia la antigua ciudad de los Geriones. 11 de diciembre de 1809 ¡día memorable en que exhausta, destrozada, moribunda dió al fin entrada á las tropas francesas; día que no puede recordarse sin que acudan al pensamiento siete meses de heróica defensa, de esfuerzos titánicos y de sufrimientos tan inauditos, que la elevan y parangonan, en las pasadas eras con Sagunto y Numancia, en el presente siglo con la inmortal Zaragoza!

La otra que señala ‘‘18 de setiembre de 1843’’ no lleva en si gloria alguna semejante al retrato de aquel Dux traidor á Venecia, se ofrece tan solo cubierta de un velo negro.

Tristes y angustiosas habían pasado las horas de aquel día; la tempestad como un águila sobre su presa, posábase en los cerros á cuya falda se asienta la noble ciudad de Carlo Magno, que reclina en ellos su cabeza abrumada de laureles.

El Oña que la separa en dos partes cortándola de sur a norte, acrecido por las lluvias, y el Güell que se le une despues de lamer los muros de la ciudad, había inundado aunque con pasajero encono, la parte mas baja de esta, retirándose luego como traidor enemigo que huye primero para triunfar mejor en la emboscada que medita.

El Ter, grande y majestuoso, que desde lejos parece querer arrollar la población, y que que pasa apartándose de ella como arrepentido de su primer intento, extendíase hasta sus mismos muros ganeso de traspasarlos, levantando un sordo rumor á semejanza de los mares cuando la tempestad ruge por sus antros sin que aun aparezca en su superficie. Entre tanto el Galligans, arroyo que se arrebató de los montes vecinos, tan humilde y rastrero que se oculta al atravesar la ciudad bajo la oscura sombra de un largo puente, bajaba á su vez soberbio y turbulento, haciendo ostentación de su fugaz y prestada riqueza.

Y cayeron las sombras de la noche, ya la ciudad fatigada de las emociones del día, entregóse al reposo que arrulaban el soñoliento y monótono ruido de la lluvia, y el enronquecido fragor de los rios que la cercan y atraviesan como líquidas serpientes ansiosas de devorarla.

De pronto el viento que cerró una de las puertas de la ciudad, como para decir á las ondas en caso de una segunda invasión: volved á vuestro lecho, no hay aquí paso para vosotras; levantó su poderoso acento, dando en cambio á los que dormían el fatídico grito de alarma. Y el relámpago encendió el aire, y la manga de agua que se cernía como informe monstruo sobre las cimas de la sierra, desgarróse con estruendo, convirtiendo la atmósfera en un mar, y las laderas de los montes en grandes y asoladores torrentes. El Galligans acrecióse con ellos, y arrastrando troncos y rocas que cegaron su cauce rebosó altanero y entró por las calles que esquivó en su pobreza, como terrible é indómito conquistador. mas de pronto en medio de su triunfo detúvose acobardado ante las hinchadas ondas del Oña á quien el Ter había exigido antes de tiempo su acostumbrado tributo.

En vano era que desde la cumbre se empujasen unas á otras sus turbulentas aguas, si al llegar á la imponente masa que como un dique le cerraban toda salida, parábanse y enmudecían contentándose con subir lentas, pero amenazadoras como una silenciosa marea; como una baja corriente que va llenando, al parece sin movimiento ni ruido, el ámbito de un estanque; como en el espantoso diluvio debían subir sobre el haz de la tierra en lenta é imponente progresión las aguas del grande abismo.

Y dormía. Gerona, y dormían sus descuidados habitantes, sin pensar que la inundación llamaba á sus puertas, trepaba por sus balcones, y que en breve las acrecidas ondas les arrastrarían en sus mismos lechos por las calles de la ciudad como trofeos de su pujanza.

De pronto un espantoso estruendo asorda el aire, y las aguas rebasadas hallando franco camino, lánzanse de súbito y arrebatan en su violenta sacudida árboles, casas, templos y todo cuanto estorba su carrera.

La fuerte muralla, el antiguo y ponderoso muro que tantas proezas había visto y tanta gloria encerrado; aquel muro que aun aportillado y deshecho resistiera el duro choque de los ejércitos de Napoleon, acababa de ceder en medio de la noche á un impulso extraño, inesperado, repentino, como los muros de Jericó al toque de las trompetas de Israel.

Y la ciudad despertó asombrada, las campanas dieron al viento pavorosos tañidos, ayos, lamentos y plegarias levantáronse en la sombra mezclados con el ronco mugir de aquel inmenso mar, y el lejano fragor de la tormenta que huía.

Los pálidos albores de un sol triste y sin fuerza aparecieron en el horizonte como antorchas fúnebres, para alumbrar la desolacion de un pueblo, que al salir de su sueño, contemplaba los cadáveres de sus hijos entre las revueltas ondas, que al huir como avergonzadas de su traicion, los dejaban aquí y allá entre el fango de las plazas y las malezas de los campos.

La piedad acompañada del dolor recogía llorando estos tristes despojos, por los que la poblacion entera contrita y afinojada levantaba preces al cielo, al par que por las almas de los que mas sin ventura habrían tenido por sepulcro el fondo de los mares ó algun desierto eríal.

Tal fué el repentino y aterrador acontecimiento en que se creyó perdido á Peralta, cuadro espantoso que imperfecta y someramente nos hemos atrevido á bosquejar.

IX.

A consecuencia de haberse en octubre coronado de nieve las cumbres del Monseny, el invierno siguió bruscamente al estio, sintiéndose en los días, otras veces apacibles de aquel mes, el frio y punzante cierzo de noviembre.

La maestra restablecida apenas de una larga y gravísima enfermedad, en la cual la esmerada asistencia de Coloma no contribuyó poco para ahuyentar la muerte, que en un principio pareció sentársele á la cabecera, hallábase un domingo por la tarde, en el rincón del hogar, cabe un fuego que por falta de alimento comenzaba á extinguirse.

Coloma sentada á su lado leía en voz alta un libro de oraciones, mientras Salvador á pesar de lo frio y húmedo del tiempo se entretenía con las plantas del huerto.

Aun cuando en apariencia todo seguía lo mismo en esta familia, no hubiera necesitado mucho una persona íntima, para conocer el cambio que en ella se operaba.

La maestra, ya fuese el abatimiento que física y moralmente deja por lo comun una grave dolencia ó lo mucho que debía á Coloma, su hostilidad hácia esta había disminuido notablemente.

Quizá por esta razon Salvador, que todo lo observaba, había aumentado por su madre sus respetuosas atenciones, disipándose en cierto modo la nube de tristeza que habitualmente oscurecía su rostro.

La maestra sin embargo distaba mucho de estar contenta. Su sueño dorado, el antiguo y proyectado enlace de su hijo con Eulalia, parecía olvidado por completo; Salvador había dejado de visitar á la hermosa vidua, y esta, queizá resentida por la conducta del jóven, no había en toda la enfermedad de la madre traspasado sus umbrales.

Tan gran indiferencia lastimó el orgullo de la señora Tuyas, mas sin hacerla abandonar por completo su antiguo plan. Nada decía á Salvador; pero meditaba de continuo en el modo de provocar una explicacion, que renovando las antiguas ideas llevase á feliz término el logro de su esperanza. Estos eran sus pensamientos cuando ya anochecido entró Salvador.

Al ver la pieza sin fuego ni luz no pudo menos de exclamar.

-Madre, ¿por qué á esta hora estais así? El frio os daña, y á mí no me gusta la oscuridad.

-Aun hay rescoldo, repuso la maestra, y el aceite está tan caro que cuando menos se gaste mejor. Además mi enfermedad nos ha arruinado.

-No penseis en ello, madre, que ya se repondrá lo perdido; pero ¿por que no se enciende luz? Vé Coloma.

Coloma que hacía medía hora tenía el libro cerrado sobre sus rodillas, no se movió hasta que la maestra le dijo en voz queda:

-Enciéndela.

La jóven salió de la habitacion volviendo á poco con una luz que colocó sobre un veladorcito cerce del hogar, ocupando de nuevo su puesto y tornando á continuar aunque en voz baja su lectura interrumpida por la sombra.

Salvador entre tanto arrojó á la chimenea un recio tronco, hacinando debajo varias ramas á las que prendió fuego, sentóse despues en el rincon frontero al que ocupaba su

madre, y quedó cual ella en silencio y con los ojos fijos en las chispeantes llamas que por varios lados del leño comenzaban á brotar.

Ardían las hojas secas con ruidosos crujidos, llenando la habitacion de resplandores tan alegres como fugaces, imágenes vivas de la ventura humana. Mas consumidas pronto, volvió la habitacion á quedar mal alumbrada y tan silenciosa que se oían distintamente los tenues susurros, tristísimos silbos y lánguidos ayes que produce la húmeda leña al arder por un lado, mientras por otro llora las gotas de su savia.

Es preciso haber observado cabe un hogar silencioso todos esos tristes ruidos y misteriosos lamentos, para comprender el efecto que debían producir en Salvador cuando exclamó de repente:

-Madre, Coloma, hablad por caridad, que esos quejidos de la leña me causan una angustia indecible.

Coloma cerró el libro y al mismo tiempo llamaron á la puerta.

Levantóse Salvador y abrió.

Al ver inesperada visita, que en aquel momento entraba, una exclamacion de alegría salió de los labios de la maestra.

Eulalia volvía por fin; la hermosa y rica viuda dirigióse hácia la chimenea entre ruborosa y satisfecha.

-¿Qué buen ángel te trae por aquí? dijo la señora Tuyas cediéndole su rincon, que la recién llegada no aceptó sentándose cerca de Coloma.

-Verdad, respondió Eulalia despues de los primeros cumplidos, al reiterar su pregunta la maestra, que os he visitado poco en esta ultima temporada; pero ya me lo perdonareis cuando sepais el motivo. Ahora vengo á dos cosas, la primera á participaros mi casamiento y la segunda á haceros una súplica.

Los labios de la maestra algun tanto descoloridos desde su pasada enfermedad se pusieron completamente blancos, cerró cuasi los ojos donde se hubiera podido adivinar cierto centelleo, originado por el despecho, y con voz que parecía afectuosa preguntó:

-¿Y quién es el dichoso?

-¡Pues qué no lo sabeis! repuso Eulalia con extrañeza.

-No; desde que he estado enferma vivimos en el limbo, nadie viene á casa, Salvador apenas sale y Coloma no se aparta de mí.

-Pues me caso dentro de pocos días con un capitán de la guarnicion, llamado Inocencio Alcalá. Tiene treinta y cuatro años y es solo, como Adán en sus primeros días. No creo hacer ningun disparate, pues aun cuando viuda no he cumplido los veinte y siete, y

desde que Dios tuvo á bien llevarse mi niño del alma, la soledad que me cerca es espantosa. ¡Hijo de mi corazón! cuando recuerdo que intentasteis detenerle y que todo fué inútil...

-¡A qué hablar de eso! Es claro que no haces ningún desatino, cástate y que Dios te haga muy feliz.

-Para serlo completamente es para lo que necesito un favor vuestro.

-¡Un favor mío! veamos.

-Un favor que á vos sola demando porque en vos sola, estriba el concederle, y que no os pediría á quererme vos menos, y no deberos yo tanto. Si, porque no olvidaré nunca que vos me enseñasteis á rezar, á leer, y á ser buena y caritativa, y por eso he mirado y miraré siempre á la que fué mi maestra como á una segunda madre.

-¡Por eso me has visitado tanto en estos últimos tiempos!

-Alcalá se oponía celoso de Salvador; quizás no debí ceder á esa exigencia; pero no llegará á tanto vuestro rencor que me negueis lo que os voy á pedir.

-Veamos qué es ello.

-Vuestro consentimiento para el enlace de Salvador y Coloma: hace tiempo, mucho tiempo que se aman en silencio y que son muy desgraciados aun cuando no se quejan: pronunciad una palabra que les haga dichosos, ellos os la piden conmigo, pronunciadla que no os arrepentiereis.

Dijo Eulalia. Y levantándose de su asiento y sentándose en un taburete que á los pies de la maestra había, cogióle las manos redoblando sus instancias.

Salvador que desde la llegada de la viuda no había pronunciado una palabra, la miró con sorpresa; mas al volver los ojos hácia su madre tuvo miedo, tan lívido por la cólera encontró su rostro. Pero ese temor desvaneciéndose pronto, pues dominando la maestra, la tempestad que tal solicitud levantaba en su alma, contentóse con lanzar de sus medio cerrados ojos un rayo sobre Coloma, que pálida y trémula no alzaba los suyos del suelo, y decir con amarga ironía:

-¿Cuándo se ha urdido el complot, y cómo ha podido ser sin venir tú á casa, ni ir ellos á la tuya?

-Madre, exclamó Salvador levantándose, ofendeis á Eulalia, cuya generosidad y nobleza acabo de conocer en este momento; ofendeis á Coloma incapaz de todo ardid, y ofendeis a vuestro hijo que ha sabido amar sin esperanza muchos años. Decid que nó, si tal es vuestra voluntad; pero no nos injureis con semejante suposición.

-¿Y por qué nó, en vez de sí? repuso Eulalia medio arrodillándose sobre el taburete y abrazando á la maestra. Sí que consentis, prosiguió, porque nadie mas digna que Coloma de ser hija vuestra; ¿verdad que consentís, porque ellos os lo suplican, y yo os lo ruego en nombre de mi pobrecito hijo, que tanto os quería, y cuya última mirada fué para vos? Decid que sí, y vereis el bien que os causa la felicidad de ambos y las bendiciones que mi niño os mandará desde el cielo.

A estas palabras la señora Tuyas echóse atrás, y hubiera caido de espaldas á no sostenerla Eulalia que la tenía abrazada. Mas esta impresion fué de un instante; recobró al punto su aplomo y dijo con voz lenta aunque ligeramente temblona;

-¡Olvidas que son parientes, que la casa está atrasada y que la dispensa cuesta mucho!

-¿Y quién repara en dinero cuando lo que se compra es la felicidad de los hijos? Hablad si no le teneis, que no faltará quien se crea dichoso en proporcionárosle.

-Gracias, Eulalia, repuso Salvador muy conmovido; que consienta mi madre, que el dinero no faltará.

-Ya lo oís, con que no alegueis excusas que no admito; decid que sí, por ellos, por mi niño y por mí que tanto os quiero.

-No se hable mas; puesto que es empeño tuyo y que ellos lo desean, cásense en buen hora y que Dios los bendiga.

-Gracias, gracias, repitió la viuda abrazando despues de la maestra á la anonodada Coloma, mientras Salvador que creía soñar miraba á su madre con asombro.

-Sí, consiento, repitió la maestra al verle de aquel modo, consiento en que os caseis y Dios os haga felices.

A estas palabras Salvador se arrojó á los piés de su madre y cogiéndola las manos exclamó con extraña amargura:

-¡Ah! madre, ¡por qué habeis tardado tanto tiempo en consentir!

Mas ese involuntario reproche, esa especie de sombra que el recuerdo de lo pasado proyectó un instante sobre su futura felicidad, desvaneciése pronto con la satisfaccion presente como medrosa nube ante el brillo del sol.

Salvador y Eulalia, pues Coloma en su pudorosa alegría no osaba alzar los ojos ni proferir un acento, comenzaron á hacer planes para el porvenir y á contar el tiempo que debía tardar la dispensa. El contento de ambos era extremado, cuando una puerta que daba al inferior y patio de la casa se abrió de pronto y Dalmacio pálido y jadeante arrojóse en la habitacion.

-¿Qué es eso? ¿Por dónde habeis entrado? preguntó la maestra sobresaltada.

-Por el pozo, contestó rápidamente el joven, y dirigiéndose á Salvador añadió: huye, huye por él.

-¡Huir mi hijo! ¿por qué? repuso la maestra levantándose al mismo tiempo que Salvador.

-Acaba de descubrirse el cadáver de Peralta que le acusa de su muerte.

-¡Peralta! gritó Salvador, y como si hubieran roto instantáneamente todos los resortes de su cuerpo cayó desplomado sobre su asiento.

La maestra muda de asombro sacudió á Dalmacio por el brazo, quien comprendiéndola dijo:

-Sí, Peralta le acusa, y ya lo sabe toda la villa.

-¡A mi hijo! imposible, imposible.

-Hélo aquí, en esta cartera que en vano para librarle he corrido á buscar; y el joven le presentó abierta la antigua cartera que la aterrada madre reconoció al punto donde se leía en grandes caracteres la terrible acusacion.

La maestra le arrebató con mano trémula, mas apenas fijó los ojos en la gruesa y sangrienta línea, que brillaba ante ellos como una sentencia de muerte, como el fatídico Mane, Thecel, Phares, haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma gritó: Mentira, mentira! habla Salvador, y dí que es una calumnia.

Salvador lívido y desencajado tornó á levantarse y con firme aunque tristísimo tono repuso:

-No, madre: pues el dedo de Dios me señala por medio de un muerto, no seré yo quien niegue mi delito.

A tan inesperada confesion la triste madre lanzó un grito, y cayó sin sentido en brazos de Eulalia, Coloma escondió aterrada el rostro entre las manos, la voz de ábrase á la justicia, acompañada de fuertes golpes, resonó al mismo tiempo en la puerta, hácia la que se adelantó Salvador, mientras Dalmacio levantaba del suelo la malhadada cartera y la sepultaba rápido entre las brasas de la chimenea.

X.

¡Cuán vanas y efímeras son las ilusiones de la humana dicha! mariposas que nos encantan al revollear lejanas por la extension de los valles; edificios sin cimientos alzados lentamente en el decurso del muchos días y que el huracan con su soplo derriba en un instante.

El heno de los campos y el arroyo que brota con la tormenta no tienen tan corta vida, como el contento de Salvador y Coloma.

La felicidad con tanto ardor deseada por ellos y tan tenazmente combatida por la oposición de la maestra mostrábase apenas la luz de la tierra, surgió de pronto desvaneciéndose hasta el último destello de esperanza.

¿Qué medios había empleado la Providencia para patentizarle á los ojos de los hombres? una sencillísima casualidad.

Varios jóvenes, entre ellos Dalmacio y algunos oficiales de la guarnición, salieron en la mañana del domingo con dirección á la sierra.

El objeto de los primeros era cazar, el de los segundos cazar y recorrer con ese motivo unos sitios para ellos desconocidos y donde lo accidentado del terreno debía ofrecer con frecuencia variados y extraños paisajes.

Apenas entraron en las sinuosidades de la montaña, un joven oficial preguntó cuáles eran el sitio y hora destinados para comer.

-A las dos y en lo alto de aquel cerrillo, pues el almuerzo lo hará cada uno donde se encuentre, respondiéronle.

-Pues hasta la tarde en lo alto de aquel sitio, contestó el oficial apartándose del grupo general y emprendiendo distinta ruta.

Los cazadores divididos en dos partidas siguieron unos hacia los altos de la sierra, mientras otros batían las ramas y excitando con fuertes gritos á los perros, que entraban por la maleza para levantar la caza. A tan ruda invasión, salían de los abrigados sotos los cobardes é indefensos conejos, trepando por el monte donde les aguardaban nuevos peligros.

En vano era que su oscura piel les confundiese un instante con los matorrales y breñas si los incansables podencos se apresuraban con sus ladridos á delatarlos al ojo atento de los apostados cazadores, cuya certera mano les enviaba al punto una muerte traidora. Ni aun algunos de los que por fortuna llegaban á alcanzar su soterrada madriguera eran perdonados; pues para la oculta manida tiene el hombre, como para los aires el halcón ó el gerifalte, el repugnante huron, que hace penetrar en las entrañas de la tierra, de donde obliga á huir á la víctima, devorándola, si á ello se resiste.

En la caza del jabalí, en las corridas de toros, como en cualquier otra lucha en que se ve al hombre buscar hasta en sus mismos antros, acosar y hacer frente á una fiera, lidiar con ella y postrarla sin vida á sus piés; hay cierto riesgo que halaga el orgullo, cierta grandeza que levanta el espíritu y trae al pensamiento, con la admiración que produce el

triunfo del hombre, el poder que le concediera Dios sobre todo lo creado. Empero este miserable ardid en que se emplea el instinto de un animal para coger á otro mas débil y medroso, que despues de haber escapado al plomo de la escopeta y á los dientes de los sabuesos, se acoge á su nido y al lado de sus hijuelos; repugna y hasta por lo mezquino y cruel.

Acaso eran estos los pensamientos del oficial que léjos de sus compañeros, sentado sobre una peña permanecía absorto en silenciosa contemplacion, sin cuidarse de un pequeño album que en la mano tenía; cuando Dalmacio y otro acertaron á pasar por allí. A la pregunta de qué hacía; el oficial abrió su libro y presentóles varios bocetos.

Los jovenes quedaron admirados de ver trazados, con la mayor exactitud y limpieza en una diminuta hoja de papel, no solo la poblacion que á los piés tenían, sino el tortuoso rio, con el pequeño bosque y allá en lontananza la vecina montaña de Solterra, cuya cima coronaba cual la de Farnés un pequeño santuario y un antiguo castillo, nacimiento de las tempestades que parecen condensarse sobre sus derruidos torrones.

Aun contemplaban el dibujo, cuando los recios ladridos y desalada carrera de un podenco que perseguía á un conejo que de unas zarzas acababa de levantar, les puso en movimiento.

Los cazadores todos que habían empezado á subir la montaña dirigiéndose precedidos del resto de la jauría tras el fugitivo animal. Este recortando un sendero que parecía rematar en una cañada, les condujo á un pequeño rellano donde desapareció bajo un monton de hojarasca y ramas secas, hacía el cual se lanzaron los perros.

La agreste belleza y sombría soledad de tan apartado sitio, amenizada por el grato murmurio de una alegre fuentecilla que por entre los riscos corría, fresca como la nieve y trasparente como el cristal mas limpio, indújoles á verificar allí la refaccion proyectada.

Las ramas secas que tanto excitaban el encono de los perros, fueron trasladadas, desde el rincon que ocupaban al centro de la placeta, donde se les prendió fuego, á cuyo calor comenzaron á secar, los que por los bajos del monte habían corrido, la humedad de sus piés.

Sin embargo, los perros seguían ladrando tristemente en derredor del sitio donde estuvo la maleza que en aquel momento ardía, y en el que solo quedara una piedra de escasa altura, en cuya base la tierra agrietada mostraba una hendidura, por la que un podenco se esforzaba en meter su puntíagudo hocico.

Tan tenaz insistencia llamó la atención de los cazadores quienes trataron de levantar la piedra. Cedió esta fácilmente, y la oscura y mefítica boca de un pozo presentóse á sus atónitas miradas, como un misterio que de pronto se descubre, pero indicando que vela otros mas tenebrosos y profundos.

La sombra proyectada por la roca que se inclinaba sobre ellos, como una amenaza de muerte suspendida sobre sus cabezas, impedía á los purísimos rayos del sol hasta el aproximarse á aquel centro de fétida lóbreguez.

Empero las ramas secas, paño fúnebre que cubría la tapa de aquel inmenso é ignorado ataúd; el gancho de hierro prendido al borde de la sima, como convidando á su descenso; al revelar la obra del hombre, despertaron en algunos el deseo de ir mas allá, el ansía de ver con sus ojos y palpar con sus manos los recónditos misterios de aquel abismo.

Mas como no en todos predominaba el temerario arrojo de los pocos años, espoleado en el momento por la pernicioso curiosidad; cedieron los jóvenes á la voz del mas prudente, que aconsejó tapar la cueva y volver al otro día provistos de antorchas y de todo lo necesario para bajar sin riesgo.

Pero Dalmacio y el oficial que se rebelaban aunque en silencio contra esta determinacion no dejaban de inclinarse y hacer conjeturas sobre el borde del pozo cuando en uno de sus movimientos cayóle al oficial, dentro de él, el album que entre el chaleco y la entreabierto levita guardaba.

Disputaron entonces sobre cuál de los dos bajaría por ella, pero el futuro esposo de Eulalia que ejercía algun ascendiente sobre el jóven oficial y que prefería quedarse perdido el album á que su dueño bajase por él, cedió a los ruegos de Dalmacio consintiendo en que descolgasen a este después de tomar muchas precauciones.

Anudáronse pues unas fajas y cerciorado por las piedras que tiraban de que el fondo estaba seco y no muy lejos empezó a bajar el joven con gozosa intrepidez.

Mas al pisar el suelo, tropezó con un objeto móvil que le hizo resbalar y caer sobre otro cuerpo, qque al pronto no comprendió lo que era chocando su mano con una cosa que juzgó en la oscuridad el album que buscaba. Metióselo apresurado en el bolsillo, mas excitado su curioso anhelo; palpó afanoso aquel otro bulto y lanzando instantaneamente un grito de horror repitió: tirad, tirad; con tal vehemencia que alarmó a los cazadores.

El joven apareció a la luz del sol cadavérico, desencajado y erizados sus cabellos como el santo, Job en el horror de su visión nocturna.

- ¿ Qué hay en esa cueva? ¿Qué has encontrado? Preguntáronle todos con afán.

- Un muerto, un muerto, respondió con voz cavernosa, sacudiendo sus ropas y alejándose de allí.

Todos se apresuraron a seguirle dominados por una dolorosa y repugnante impresión.

Cerca del río pues la diversión había concluido a la fatídica palabra de un muerto, Dalmacio metió la mano en su faltriquera y alargó al oficial el objeto recogido en la cueva.

- ¿ Para qué es esto? Preguntó el militar abriendo la cartera que le entregaba y leyendo en alta voz.

“Yo Andrés Martínez de Peralta, acuso de mi muerte ante Dios y los hombre a Salvador, el hijo de la maestra.

- ¡ Misericordia, gritó. Dalmacio, es del muerto de la cueva y yo la he traído sobre mi creyéndola el album...

A estas palabras el oficial arrojó la cartera y lanzóse apresurado por la tabla del río; todos le siguieron precipitadamente; solo Dalmacio que se había quedado inmóvil, hirióse de pronto la frente, volvió los ojos atrás siguió luego adelante.

Al llegar cerca del pueblo el capitán los reunió a todos para decirles que era indispensable dar al punto parte a la justicia y referir la verdad del hecho.

- Sin embargo, dijo Dalmacio, se nos reconvenirá porque habiendo leído en la cartera el nombre de su dueño y del matador la hemos arrojado.

- Es verdad; dijamos solamente que al ver que era del muerto, se lanzó con repugnancia sin pensar en abrirla, y Dios haga de ella lo que sea su voluntad.

Tomada esta determinación separáronse todos.

Dalmacio fingiendo entrar en la villa dio un pequeño rodeo y volvió al campo y a repasar el río. Su vista de lince alcanzó pronto lo que buscaba. Entre unas guijas al margen del monte, permanecía la cartera que el joven arrebató volviéndose inmediatamente al pueblo.

Al entrar en él quedó admirado; la chispa eléctrica no corre con mayor rapidez que había cundido la noticia, circulando de boca en boca con el nombre de Peralta, el de Salvador el hijo de la maestra.

Ya no quedaba duda, Salvador estaba perdido si no huía antes que el creciente rumor llegase a oídos de la justicia. Entonces entró en su casa, pasó por el pozo y quemó la cartera.

Inútil paso; Peralta no había consignado solamente y en una débil hoja de papel la terrible acusación; en todas las paredes de la cueva, hasta donde alcanzaba la mano de

un hombre, aparecía escrita en los sitios de un color claro, con negros sangrientos caracteres, en los oscuros destacándose blanca, pero siniestra y aterradora, como sobre el negro fondo de un panteon los descarnados huesos de un esqueleto.

No quedaba duda; aquel Peralta de tan misteriosos antecedentes que en su desesperacion acumulára a la entrada de la cueva cuanto en ella tenía por si le era posible escapar, no había desaparecido a la manera de Rómulo y Edipo en medio de una tempestad, sino enterrado vivo por la mano de un hombre á quien acusaba una y mil veces con reiterado y frenético encono.

¡Pobre Salvador, desventurado mancebo, que en el umbral de la dicha, había visto abrirse la tierra, no para tragar como en los tiempos de Moisés á los sediciosos é impíos, sino para brotar de su seno la acusación de su crimen! ¡Pobre Salvador, desventurado mancebo, que gime solo, contrito y arrepentido en el estrecho y sombrío ámbito de un calabozo! pero mas sin ventura aquel que en su horrible agonía, dominado por el odioso espíritu de venganza, no repetía perdonando á su enemigo las palabras del rey profeta: “No os acordeis, Señor de los delitos de mi juventud.”

XI.

Salvador en el silencio de su calabozo no tornaba su pensamiento á los días de su infancia, que por tristes que hayan sido dejan siempre en el corazon del hombre, como la exquisita esencia al vaso que la contuvo, un dulce y grato recuerdo.

Todo había desaparecido de su mente; lo pasado se le ofrecía como una figura mal diseñada que lo presente se apresuraba á borrar, mostrándole en cambio el oscuro por venir como un fatídico y embozado esqueleto.

El borron que su culpa había echado sobre su desconsolada familia, el dolor de su madre que al reconocer su obcecación y codicia, gérmes ó estímulos del crimen de su hijo, no le había hecho la mas leve reconvencion; la amargura de Coloma, que se reprochaba continuamente no haber sacrificado en silencio, no solo su amor, sino hasta su existencia al mandato de la que la servía de madre; presentábanse á su memoria con la fugitiva imágen de la felicidad que le sonrió un momento.

Esta última idea despertaba en él una extraordinaria ansia de vivir, que acrecía la persuasión de que una sentencia de muerte, se cernía sobre su jóven existencia.

Mas al notificársele que la ley respetaba sus días, condenándole solo á arrastrar por tiempo indefinido la oprobiosa cadena del presidario, la mas horrible desesperacion apoderóse de él; tan grande es á veces la inconsecuencia del corazon humano.

Vanamente la desolada madre y la enamorada joven procuraron, ocultándole su propia angustia, calmarle en aquel frenético arrebató y átraerlo con sensatas reflexiones al terreno de la razon; sus esfuerzos se estrellaban en aquel juicio obcecado como la olas del mar en la roca que combaten, las advertencias del cuerdo en la preocupacion del demente.

La naturaleza del joven, harto quebrantada ya por padecimientos morales que llevaba consigo su remordimiento, que no había logrado acallar la sinceridad de sus confesiones, y el baldon que veía, antes en idea, y que con la irrevocable sentencia recaía sobre él, alcanzando á todos los de su familia, como alcanza con su amargura una gota de acímar hasta el agua más onda del vaso donde cae; le impresionaron tan hondamente que una fiebre deboradora apoderóse de él, llevándole en pocos días al borde del sepulcro.

Su estado era cada vez mas alarmante, sus delirios mas espantosos; entonces habilitóse para el enfermo en la misma cárcel, una apartada y reducida estancia donde no tubieran tantos sufrimientos importunos testigos y donde pudiera además proporcionarse cuanto fuera necesario.

Así se pasó una semana; al cabo de ella el enfermo pareció aliviarse, sus potencias embotadas recobraron su antigua lucidez, y la memoria de lo pasado presentósele clara, pero menos desconseladora y sombría, pues la acompañaba la idea de la misericordia divina.

El medico creyó un deber ahuyentar prontamente las ilusiones que el momentáneo alivio del enfermo hacía acariciar á la aterrada familia. Salvador comprendió intuitivamente las palabras que no habían llegado á su oido, y se mostró resignado, cuasi contento.

Dirigió palabras de consuelo á su madre que no se apartaba de su cabecera, y á Coloma que derecha y con las manos cruzadas vertía al pié de su lecho continuas y silenciosas lágrimas.

- No suspireis, madre, dijo con resignado y débil acento; no llores, Coloma, que ese duelo ofende á Dios. Démosle todos gracias porque manda al ángel de la muerte que corte mi pobre vida al lado de cuanto tengo y he querido en el mundo. Léjos de aquí y en cumplimiento de mi destino, los días de mi existencia hubieran sido tristes y trabajosos, y mi muerte, no hubiera tardado en llegar, solitaria ó entre extraños en el repugnante é incómodo lecho de un hospital... Ahora una madre, y la que había de ser

compañera de mi vida, rodean con su amor el lecho del moribundo, endulzarán su agonía y acompañarán sus restos á la postrer morada...

Algunas horas más tarde, despues de haber tenido el enfermo con el sacerdote que le asistía una larga conferencia y haberse dispuesto á morir dignamente, quedo unos momentos en profunda concentracion; luego deseó despedirse de su familia.

Coloma, encerrando en su alma la inmensidad de su dolor, acercóse al enfermo durante una momentánea ausencia de la maestra; Salvador cogiéndoles las manos le dijo:

- Coloma, Jesucristo en la cruz recomendó su madre al discípulo amado; yo, pobre criminal, recomiendo la mía á la sola mujer que he querido. Coloma, por mi amor hagan tus cuidados menos amarga y triste su soledad.

- ¿ Y has podido suponer, repuso la jóven con voz ahogada por sus sollozos, que la dejase nunca? Mientras aliente estaré á su lado, la consolaré en sus dolores, y si Dios dispone que me preceda en el trance que á nadie es dado evitar, yo seré quien cierre sus ojos y la postrera que se aleje de su sepultura. Solo despues de haber cumplido tantos deberes, tomare el negro velo de la hermana de la Caridad.

- ¡Gracias, gracias! exclamó Salvador estrechando sus manos, á tiempo que volvía la maestra con el sacerdote.

Coloma salió de la estancia para llorar libremente.

Su madre sentóse á la cabecera y el sacerdote, despues de algunas palabras, retiróse por unos momentos fuera de la habitacion.

Salvador permaneció unos instantes en silencio y como quien lucha con una idea que debe, aun cuando le repugna, expresar; al fin dijo:

- Madre, deseo confesaros una nueva culpa, y pedir os el perdon de ella.

- Habla, ¿qué puedo yo negarte, cuando Dios acaba de absolverte por medio de su ministro?

Salvador descansó un instante reclinando su dolorida cabeza sobre las almohadas, luego incorporándose nuevamente prosiguió:

- Es un mal pensamiento contra el que he luchado en vano, pues como el cáncer que deja alguna raiz, ó esos reptiles que renacen con mas vigor al dividirlos, no he podido extirparlos de mi alma...

La maestra comenzó á ponerse pálida. Salvador esforzándose añadió:

- Madre, ¿ me lo perdonareis?

- ¿Qué puedo yo negar á mi hijo en semejante situacion?

- El perdon de haber dudado de vuestras virtudes.

La maestra se puso súbitamente en pié y clavó en su hijo una severa mirada.

Salvador esforzándose cada vez mas continuó:

-Una vez me contasteis que cuando Dios daba las leyes á su pueblo exigía que pagasen los hombre diente por diente, ojo por ojo, vida por vida...

-Acaba, acaba, esa secreta culpa, ese mal pensamiento?...

-Nació el día en que vuestra mano rechazó al niño que envuelto con la culebra se amparaba de vos... Despues... desde que arrojé la piedra sobre la boca del pozo... Fué mi eterna pesadilla... presintiendo hasta en mi sueño, que Dios en sus inescrutables juicios había de cumplir en nosotros el rigor de aquella ley...

-¡Ah! Tú has creído que tu madre...

-Perdon, perdon, clamó el moribundo abrazándose á ella y ocultando en su seno la consternada faz.

Lá maestra permaneció unos segundos rígida y torva, revelando su rostro el rudo combate que su espíritu sostenía... Al fin su habitual expresion de dureza fué reemplazada por otra de indecible angustia, y estrechando á su hijo que la tenía abrazada y que seguía murmurando: Perdon, perdon! besó en silencio su frente sobre la que cayeron dos gruesas y ardientes lágrimas.

Salvador á esa demostracion derribóse sobre las almohadas exclamando:

-¡Me ha perdonado; gracias, Dios mio!

-Padre, padre, venid, gritó al mismo tiempo la maestra al ver la repentina contraccion del rostro de su hijo. El sacerdote, que aguardaba á la puerta, entró apresurado; á la primera ojeada, tendió las manos hácia el lecho, pues comprendió lo rápido de aquella agonía, y comenzó á murmurar una oracion, haciendo sobre el jóven la señal de la cruz como para abrir con ella las puertas del cielo al pecador que arrepentido y contrito acababa de espirar.

La maestra entonces lanzó un ronco gemido, cayó de rodillas y besando la yerta mano del cadáver exclamó con desgarrador y contrito acento:

- ¡Acuérdate, señor, el día de las tribulaciones, que pagué en la tierra hijo por hijo, y sea menos terrible al caer sobre mi la espada de tu justicia!

FIN

Barcelona, Imprenta del Diario de Barcelona, año 1862